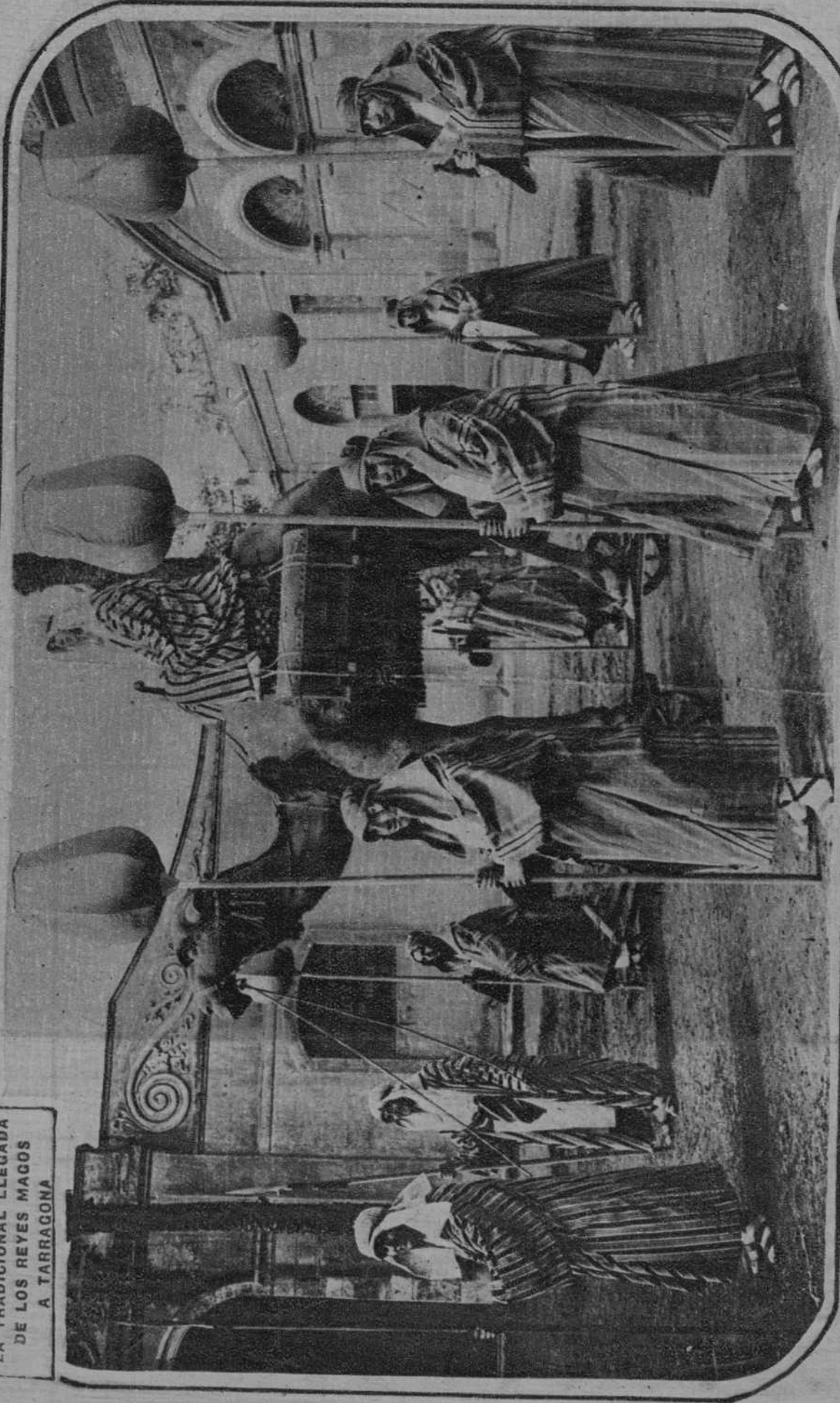
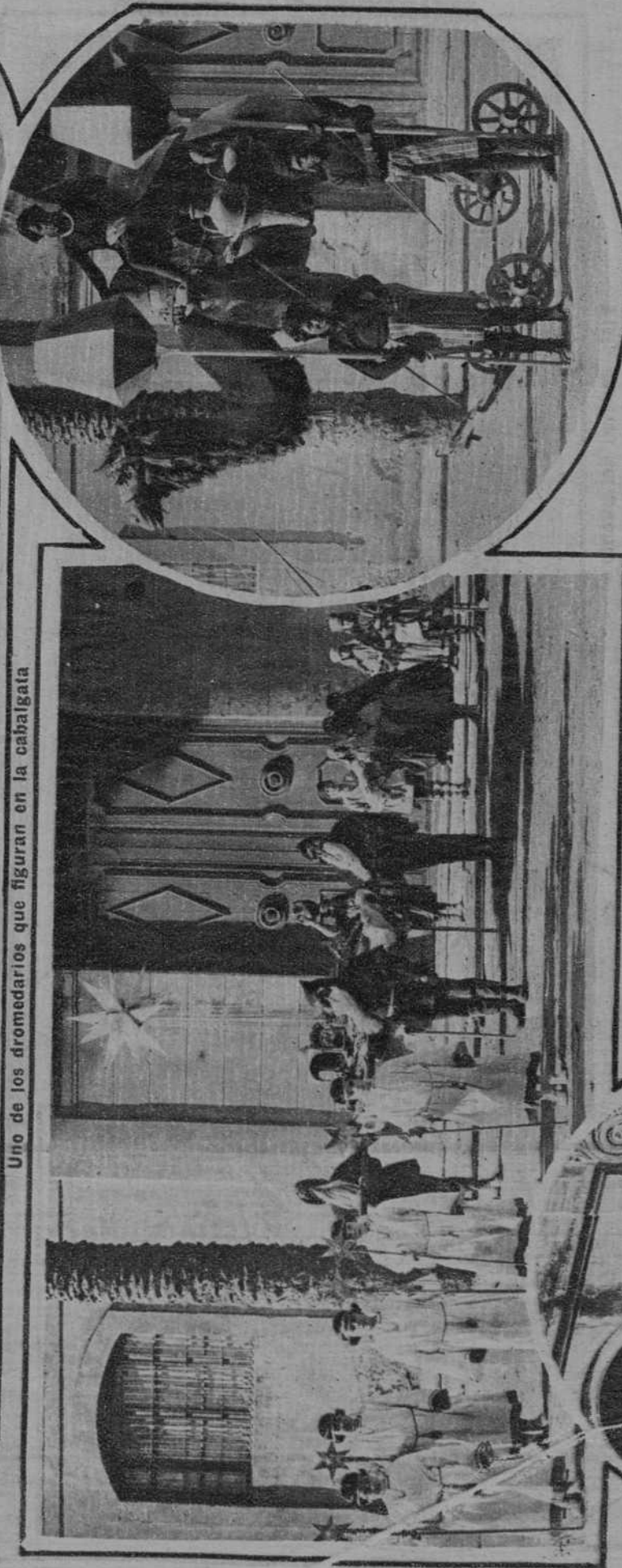


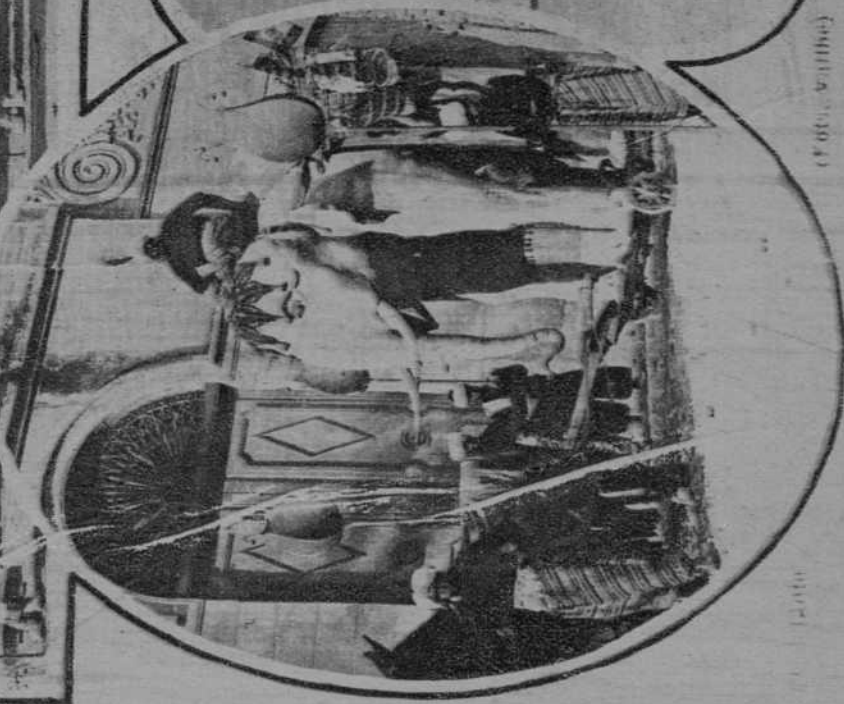
LA TRADICIONAL LLEGADA DE LOS REYES MAGOS A TARRAGONA



Uno de los dromedarios que figuran en la cabalgata



Enanos llevando el Belen



Un grupo de esclavos



Figuras biblicas que concurren a la cabalgata

PAGINAS
EXTRAORDINARIAS

Nº 142

El Via Gráfico

diario
30
1928



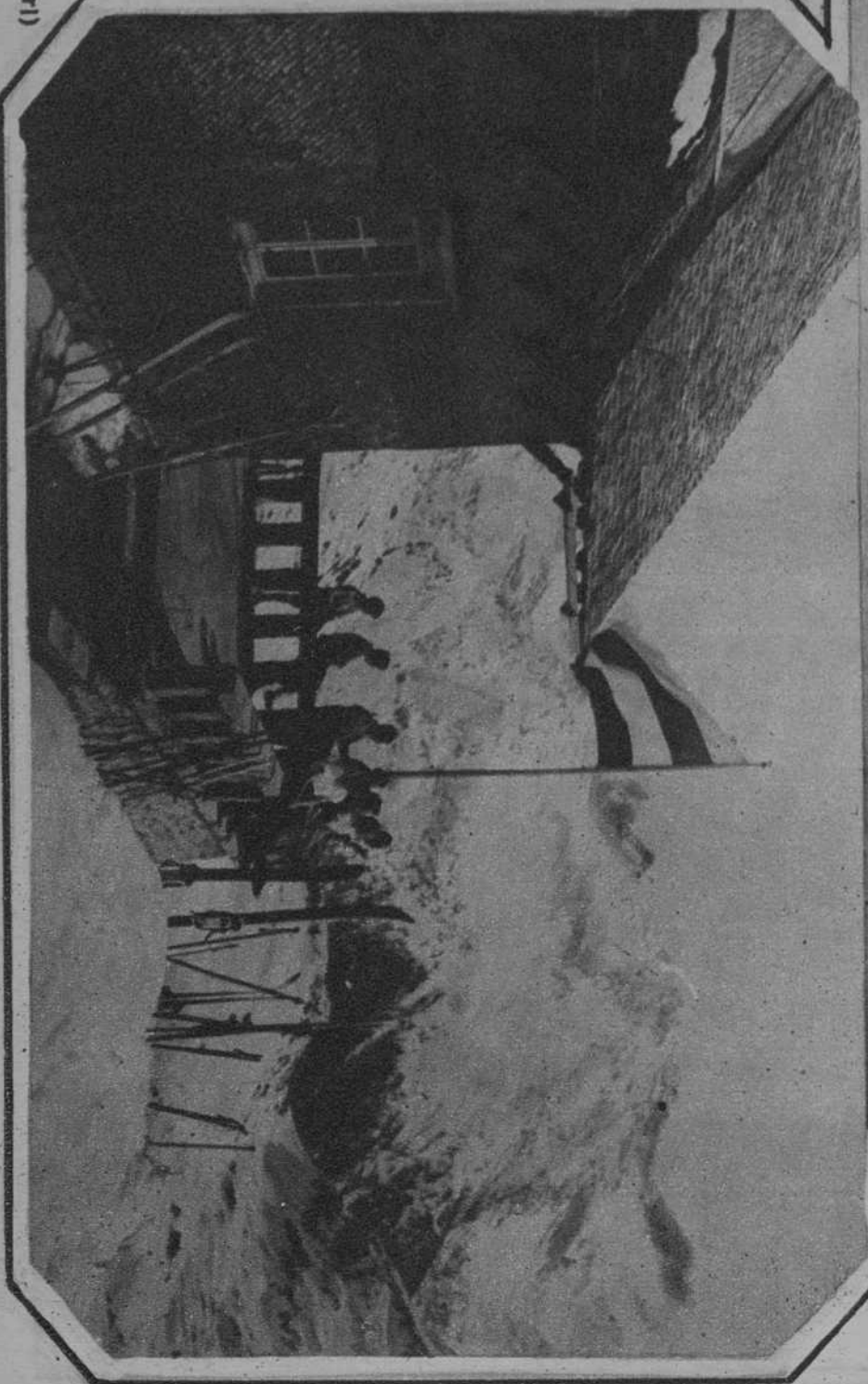
El Salón del Reloj de Música en la Casa del Labrador, de Aranjuez

LA NIEVE EN EL TIROL

Jugando al golf en la nieve

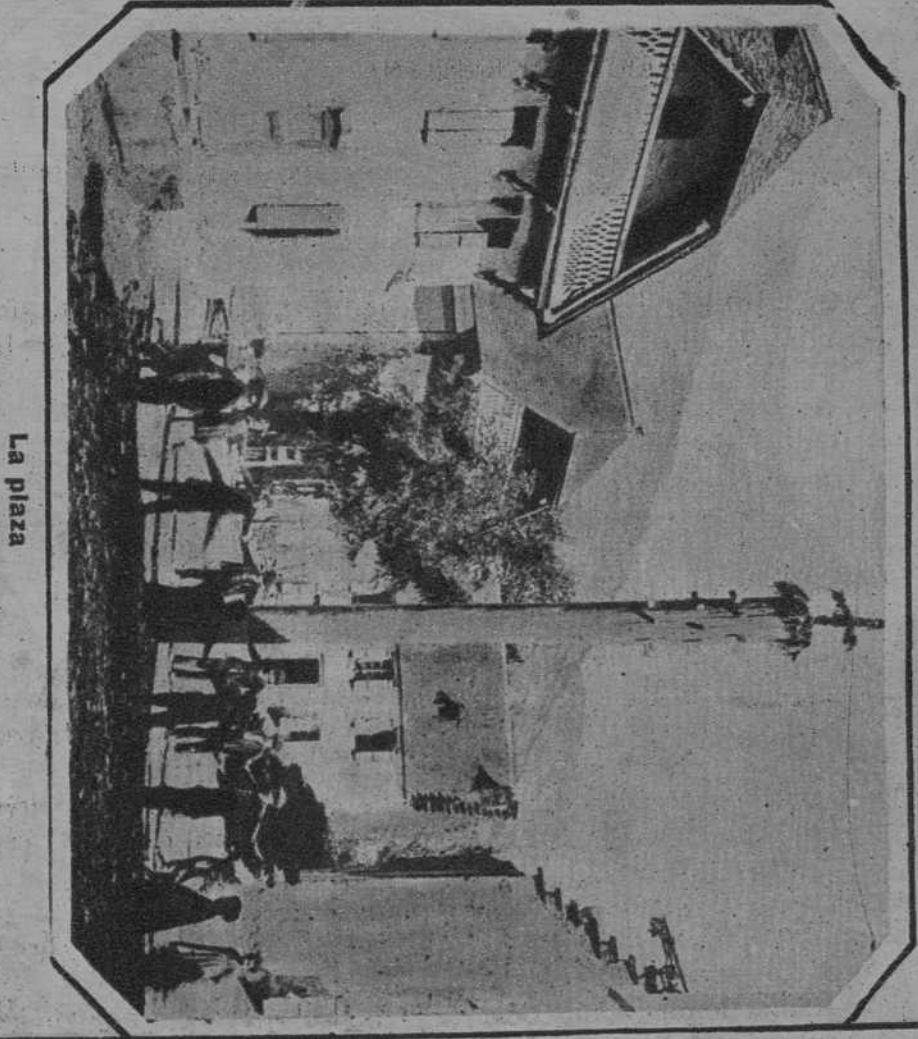


Cómo se viaja por carretera en invierno

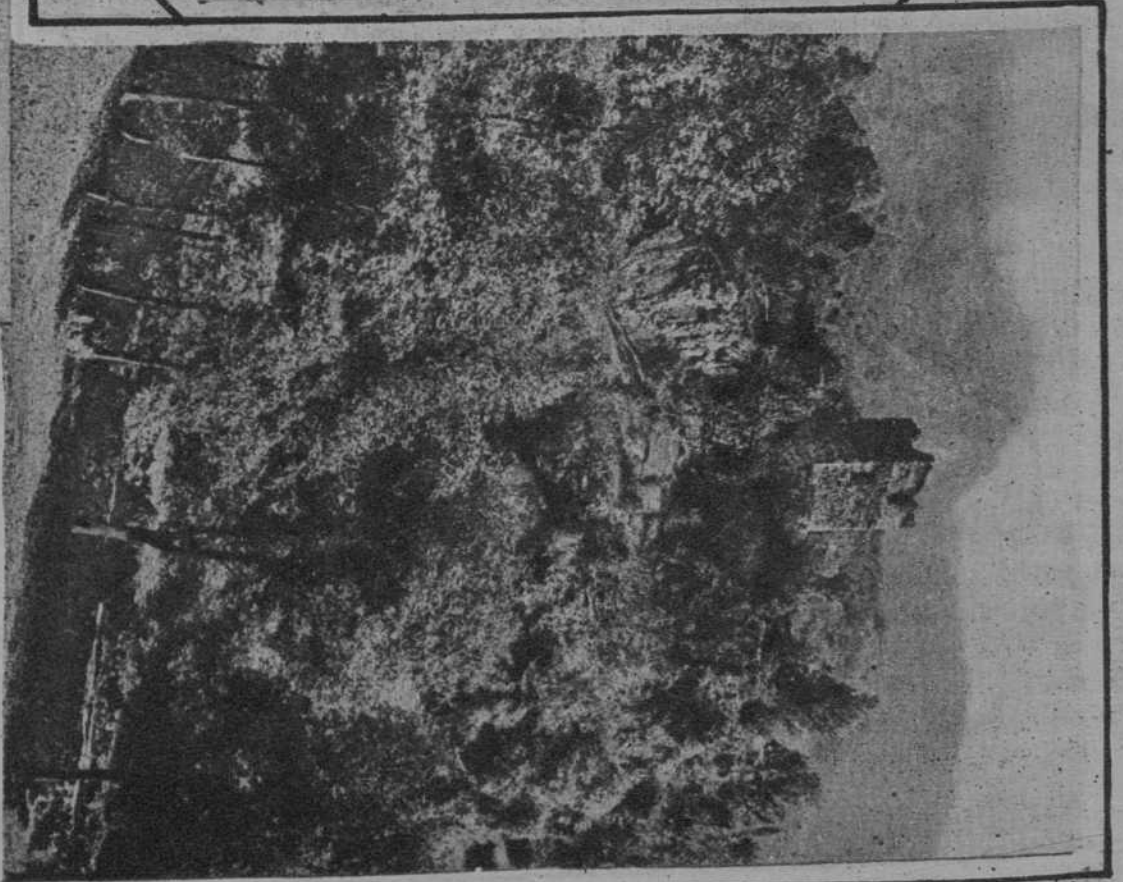


Excursionistas en el Refugio de Ulmer Hütte. (Fots. Scherl)

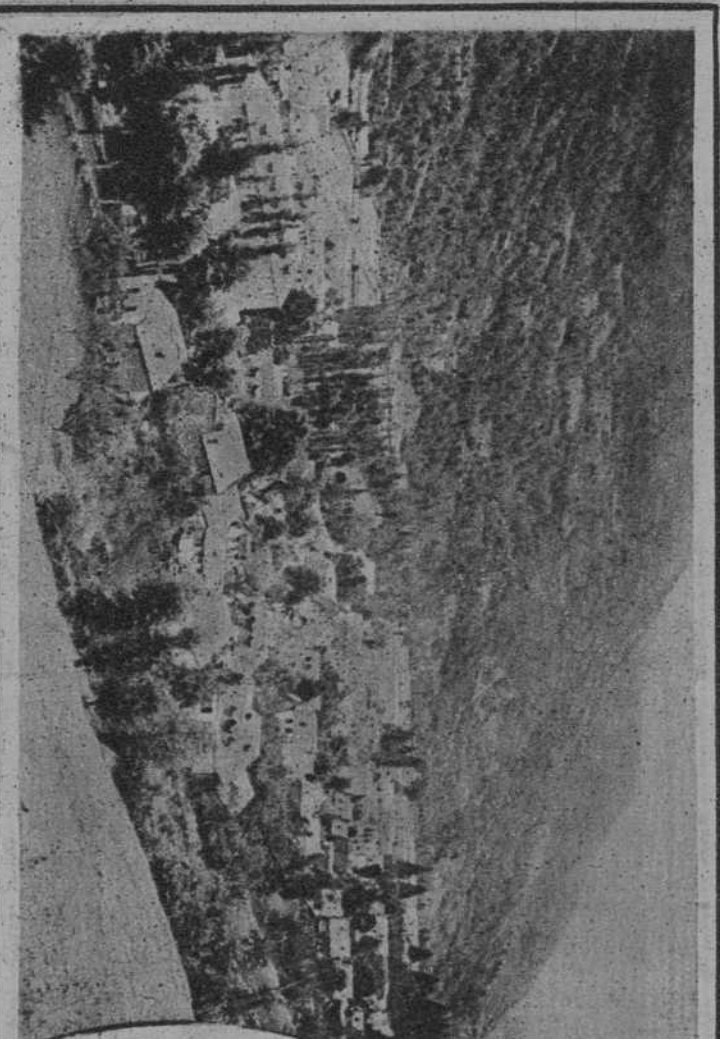
LINDANDO CON FRANCIA, EN EL VALLE DE ARAN,
EL PUEBLO DE LES OFREGE AL VISITANTE
BELEZAS SIN CUENTO



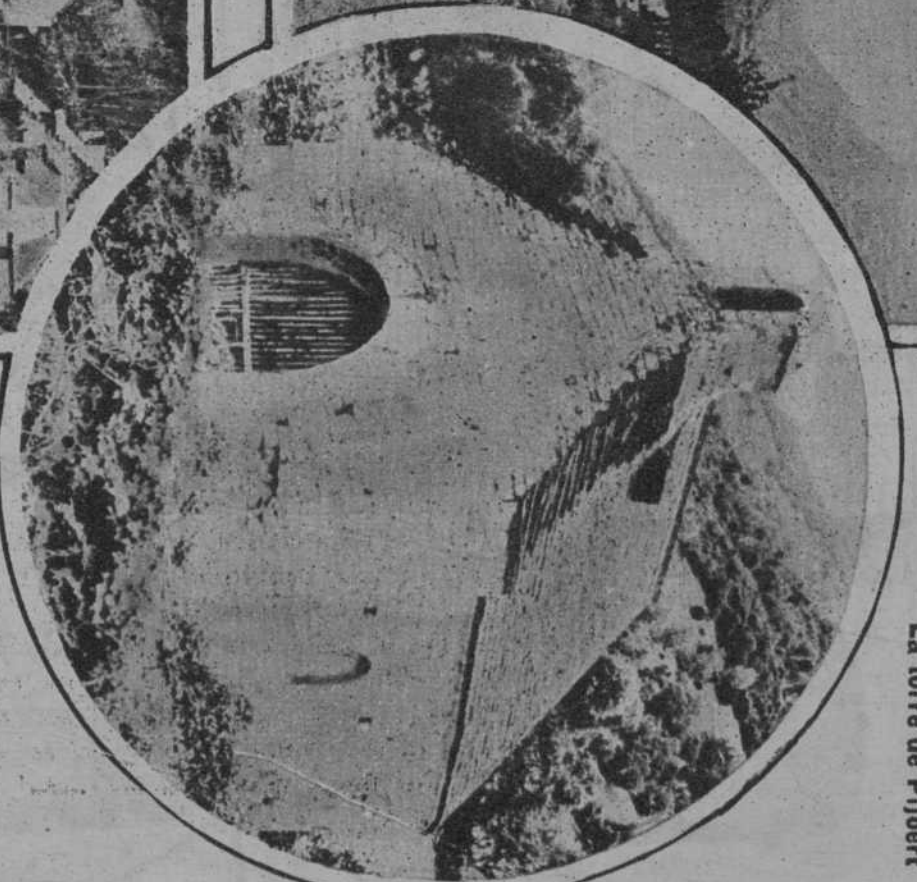
La plaza



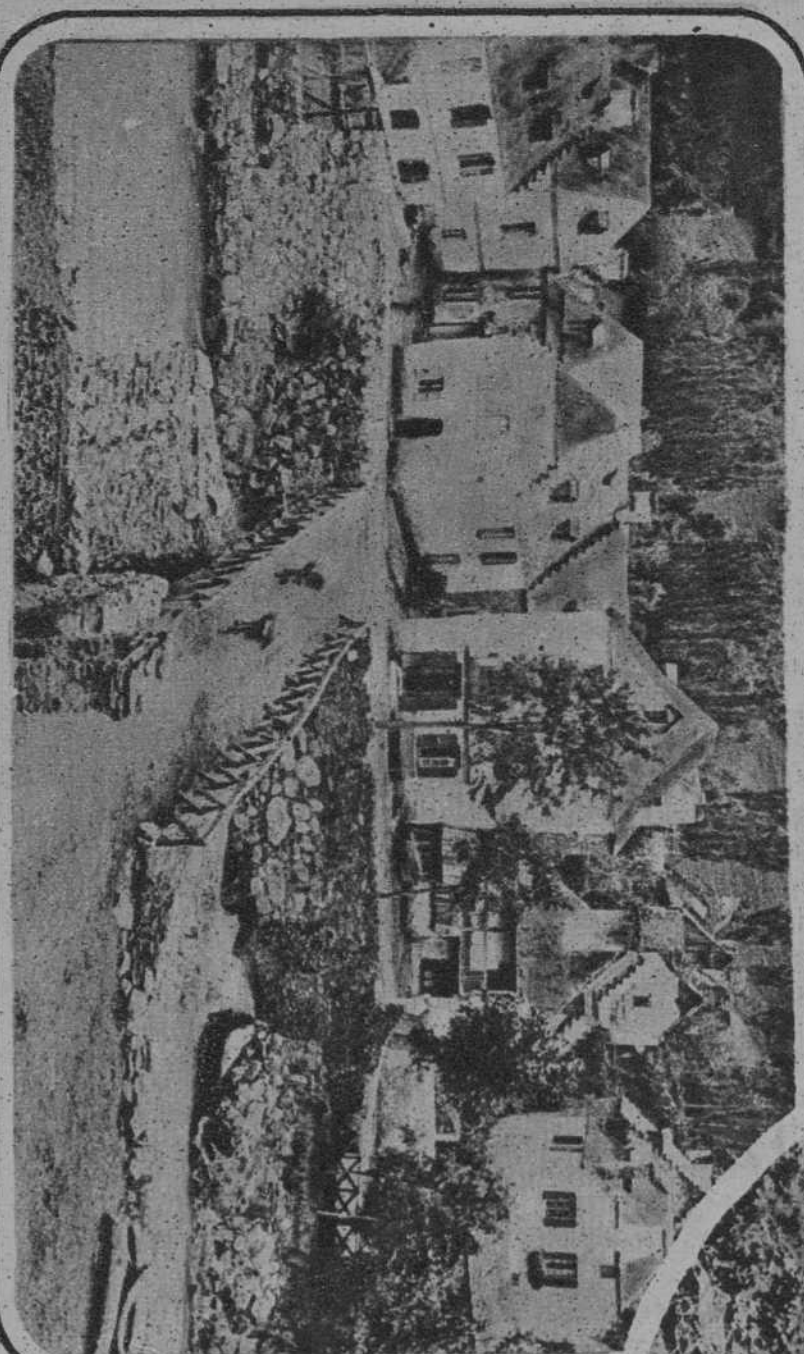
La torre de Pijoert



Vista general del pueblo



La vieja capilla, patron de los Barones (Fots. J. S.)



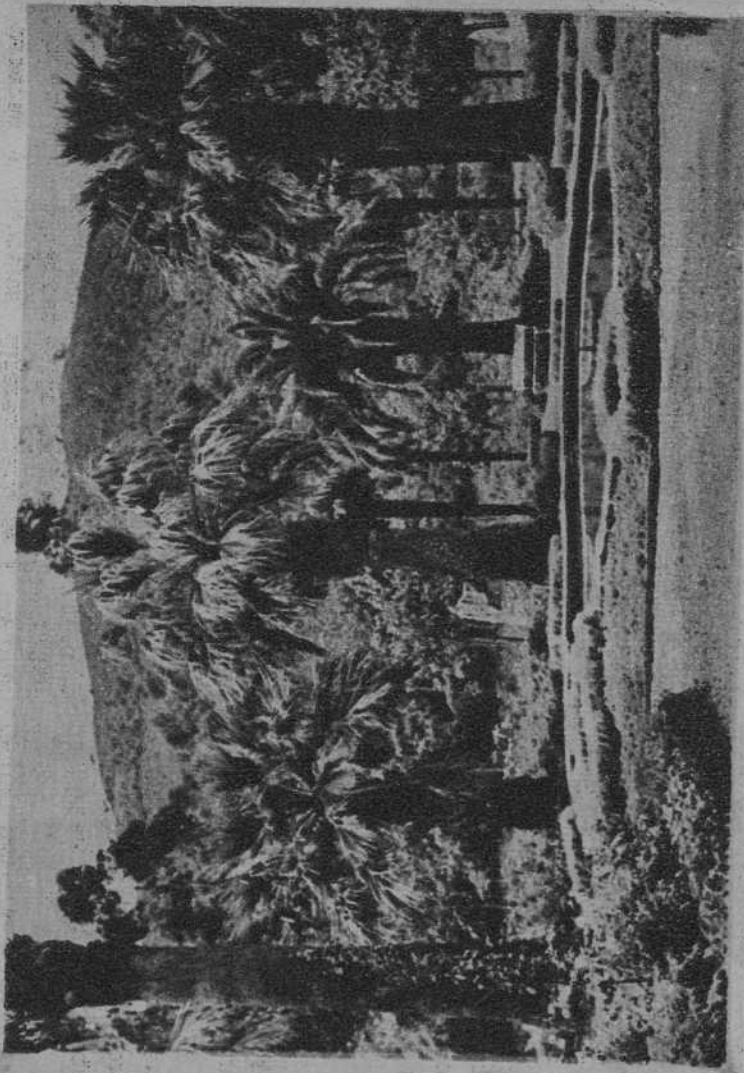
El puente sobre el Garona



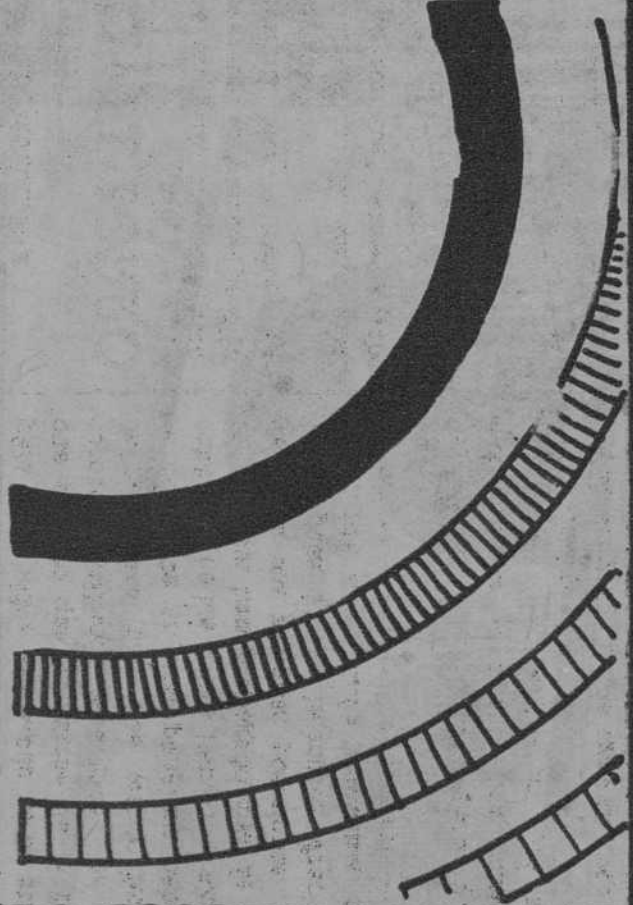


Una de las estatuas de los jardines

LOS JARDINES SEÑORIALES DE BARCELONA
EL PARQUE DE CAN GALLARD (HORTA)

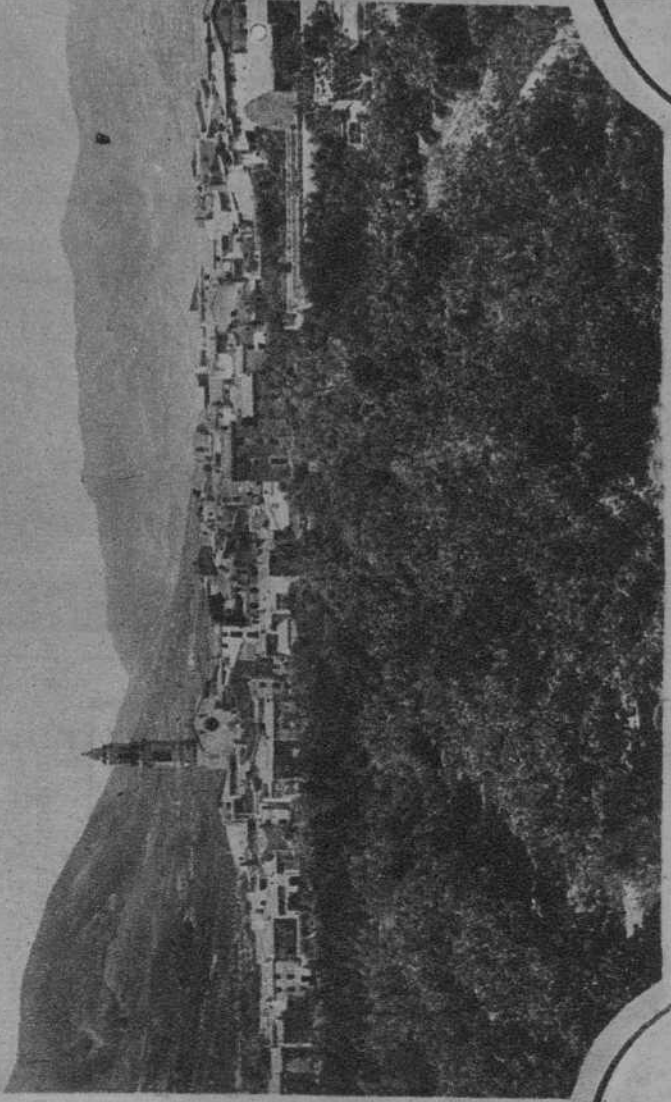


Detalle de los jardines



Vista general del edificio
Un rincón del Parque (Fots. Vilalta)

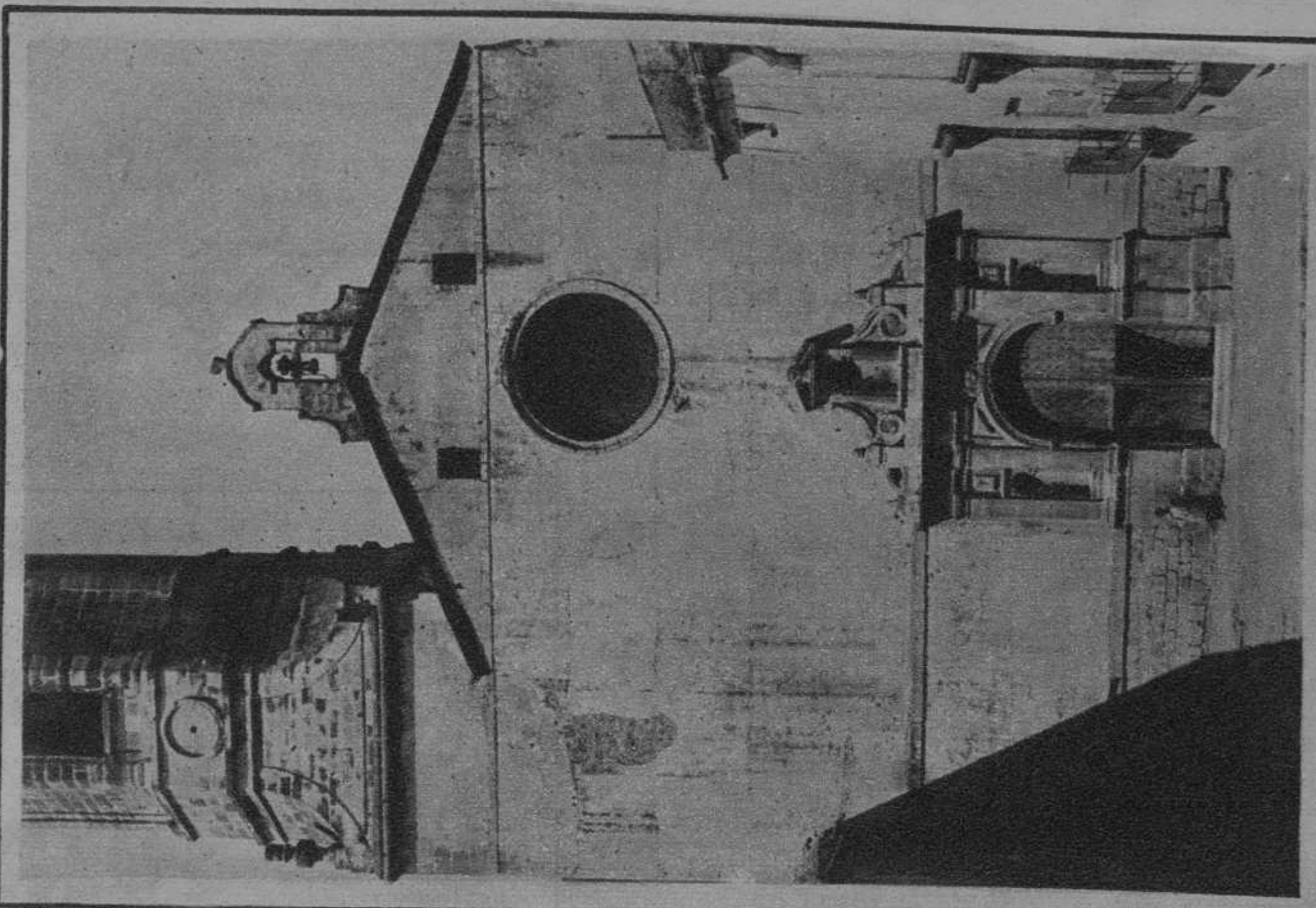
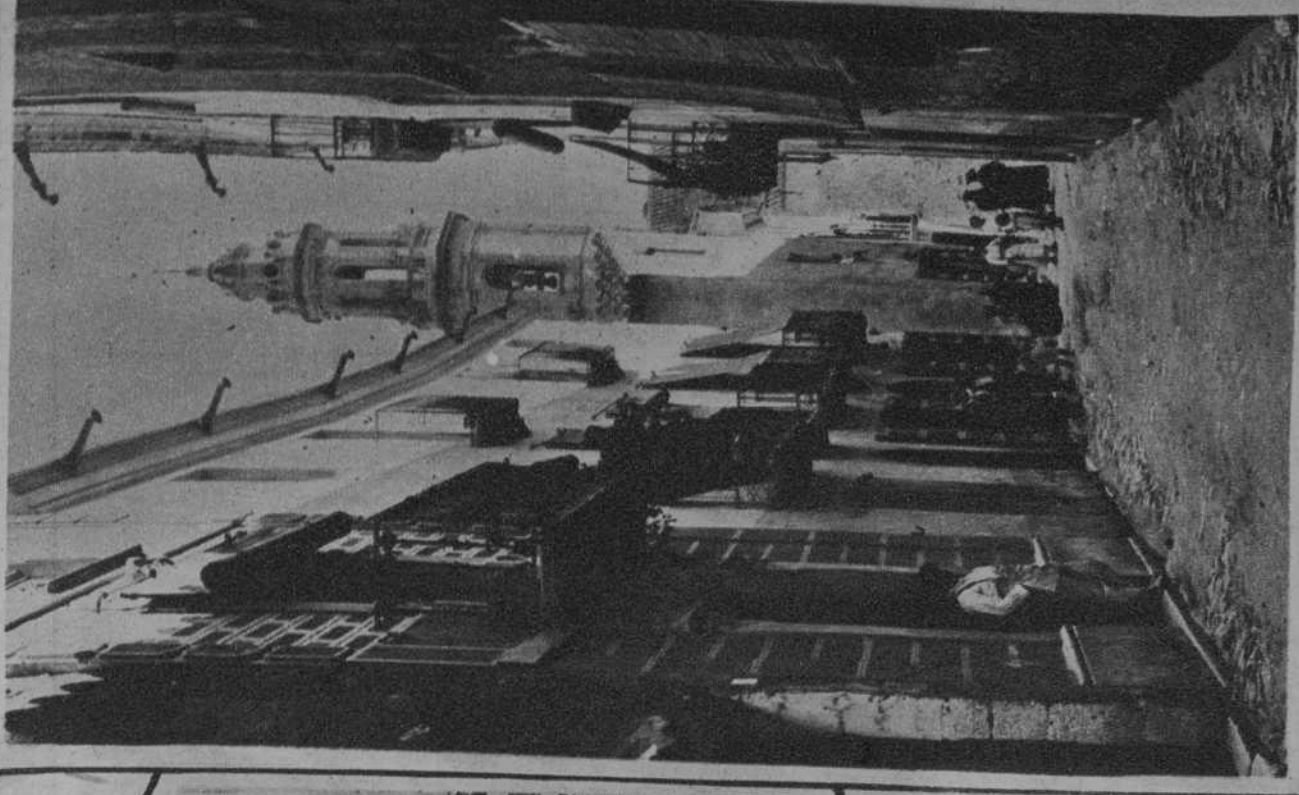
ALFORJA, EL BELLO PUEBLO TARRACONENSE



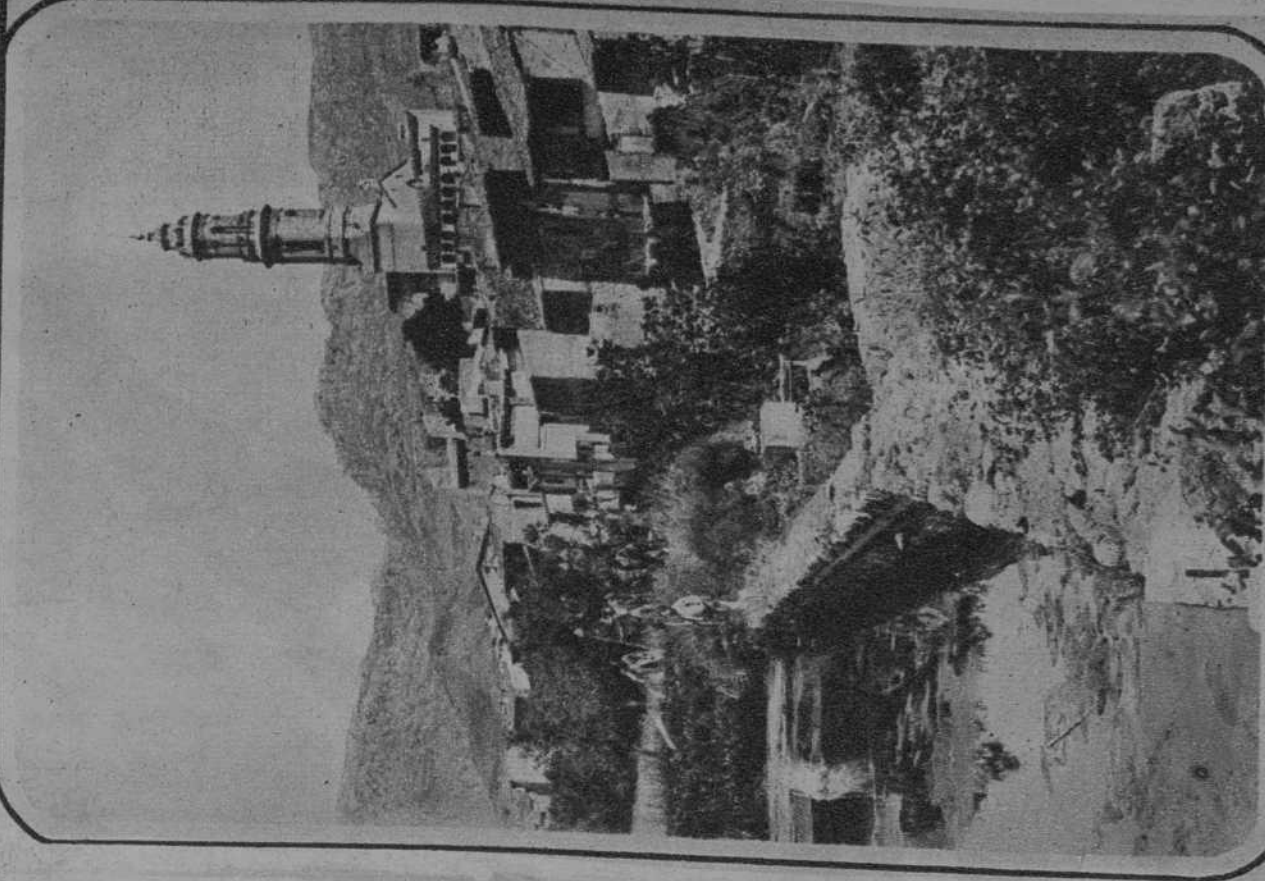
Vista general del pueblo



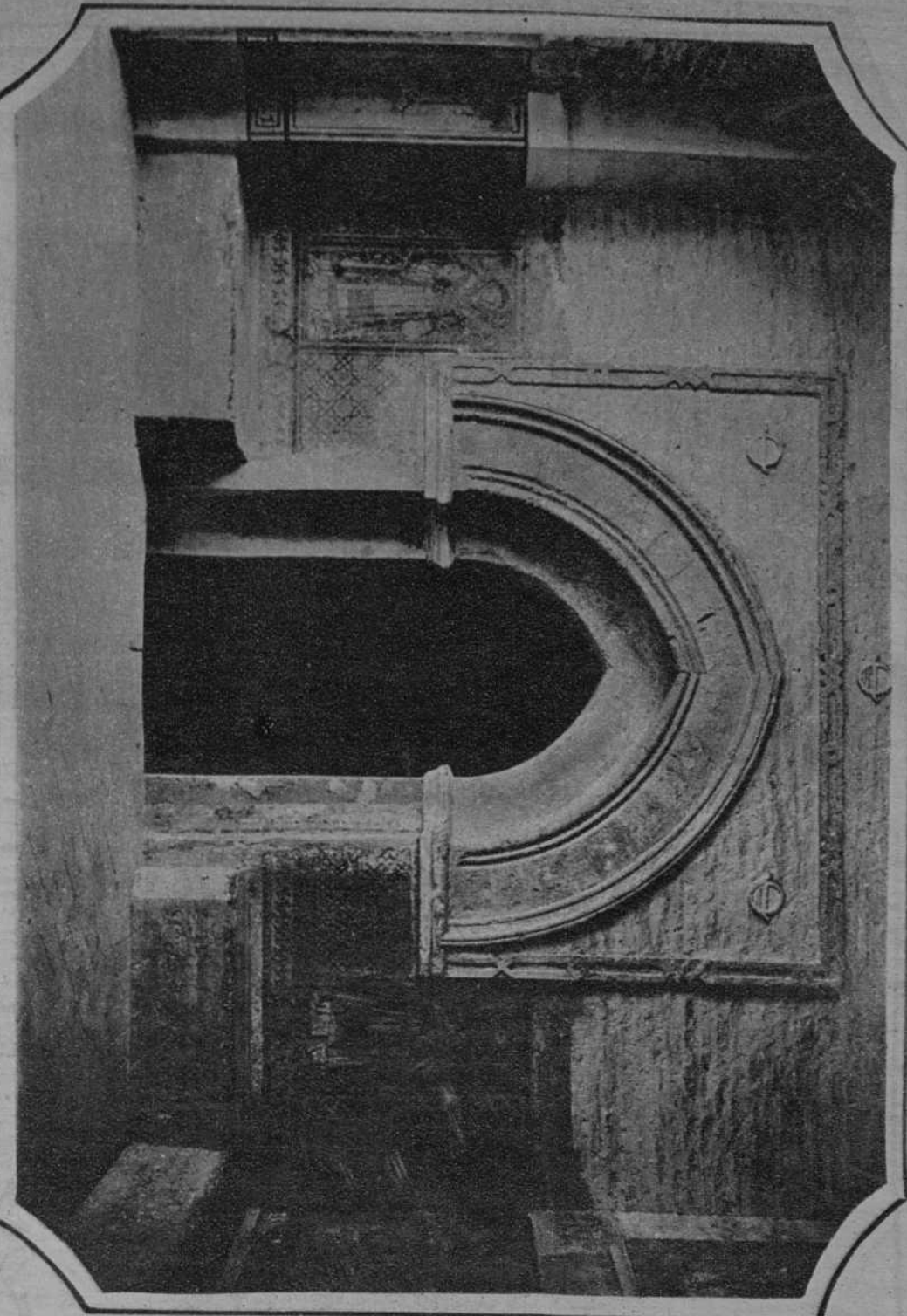
La calle de la Fuente



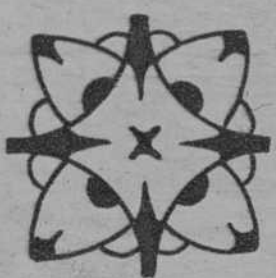
La iglesia parroquial



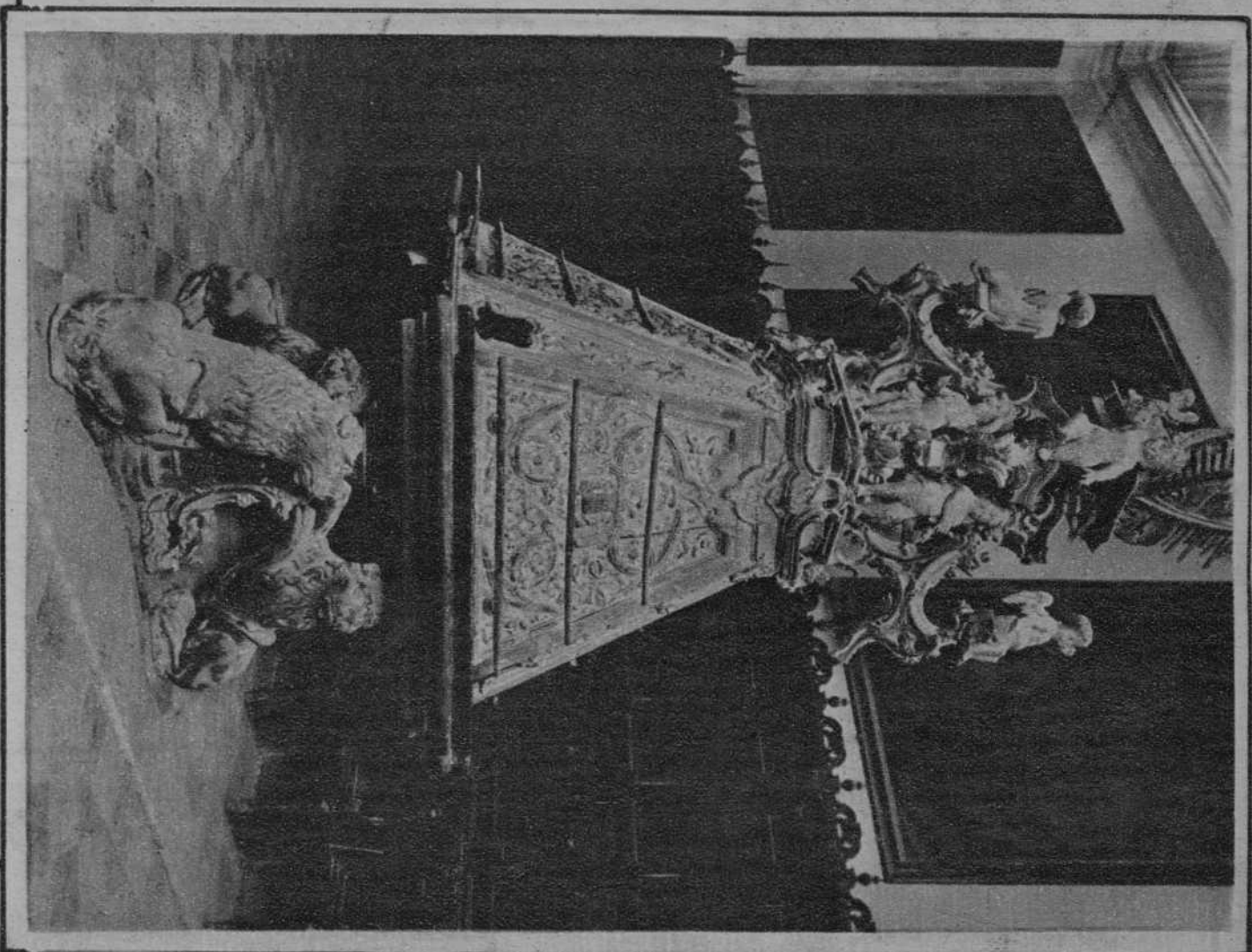
La balsa del pueblo. (Fots. Vallbo)



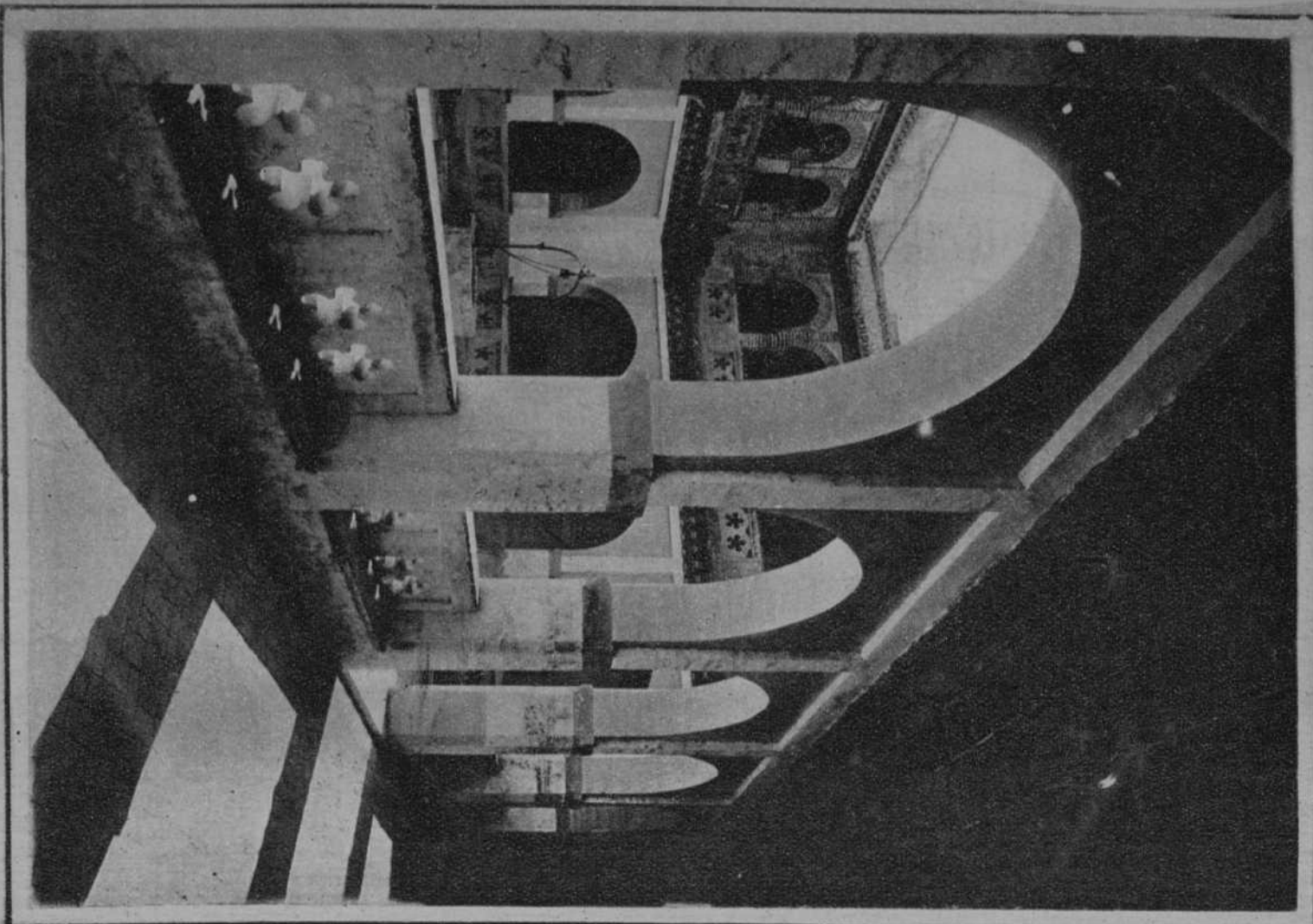
Puerta de entrada a la galería de los Apóstoles



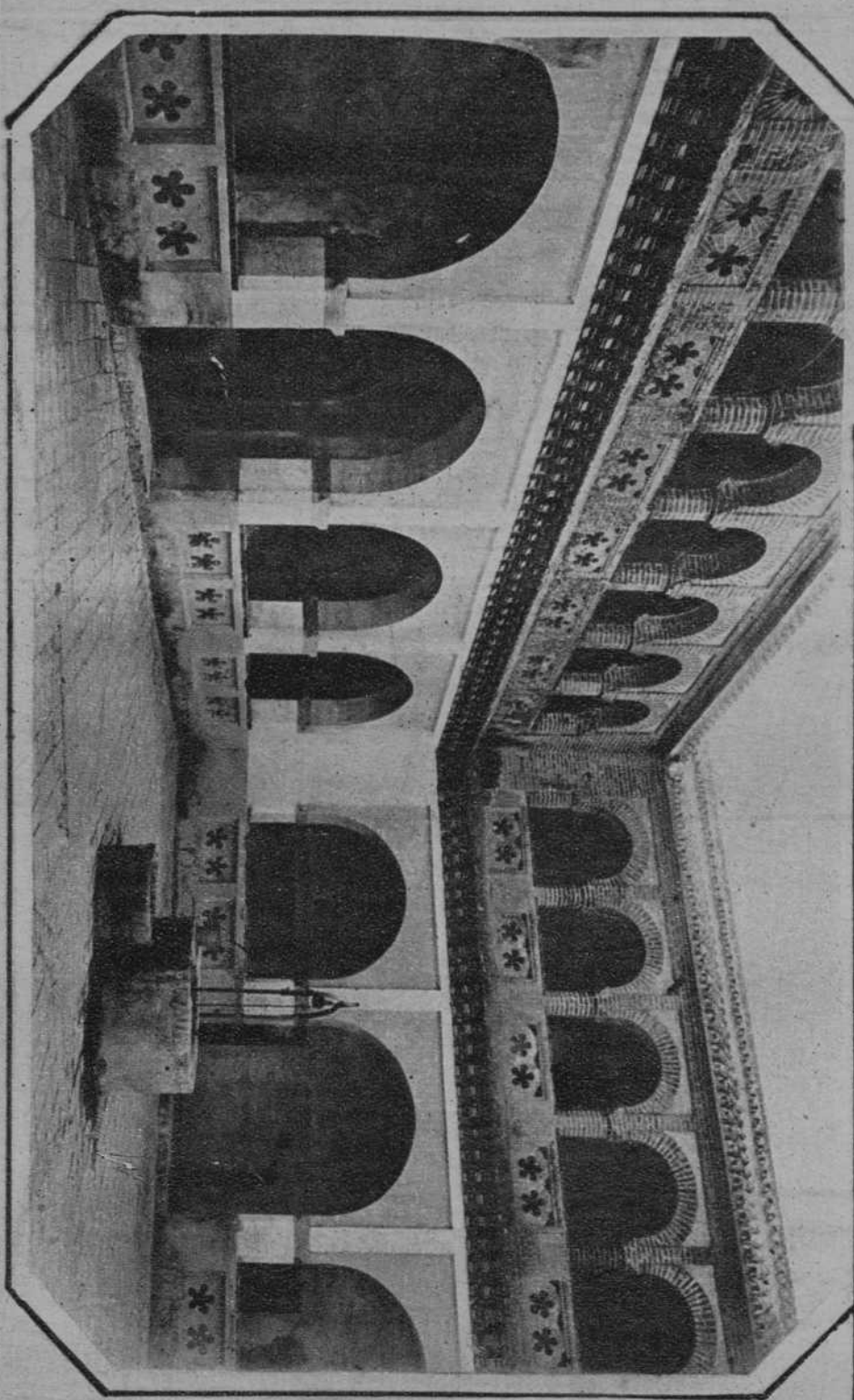
Bellísimo fascicsoi de estilo barroco



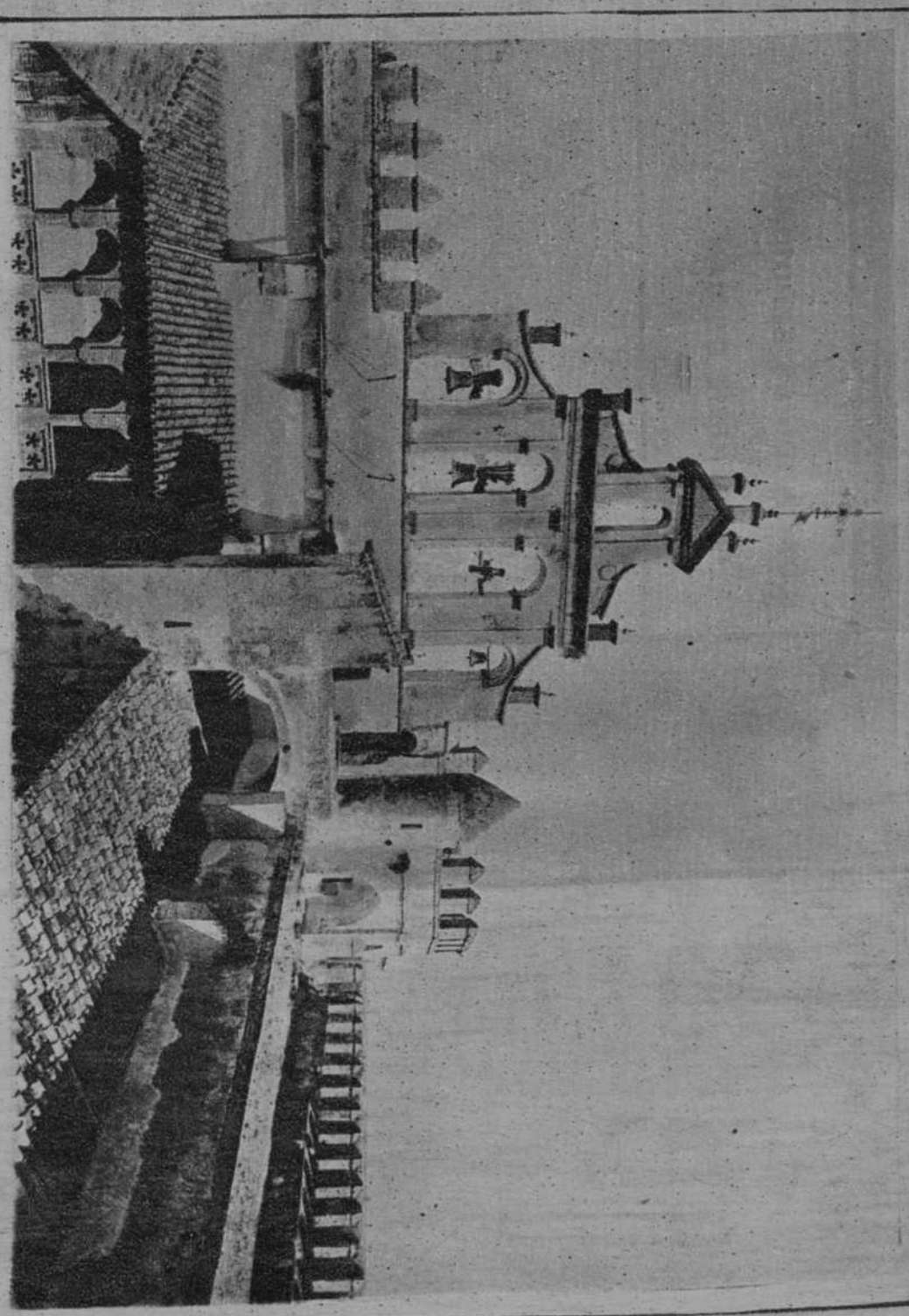
EL MONASTERIO DE SAN ISIDORO DEL CAMPO. De este monasterio, fundado en 1301 por Don Alonso Pérez de Guzmán, vizcarrnan el Bueno, y su esposa Doña María Alonso Geronel, ha dicho un historiador, refiriéndose a su construcción: «Asentado en una colina rodeada de llanuras y coronado de almenas, parece, en verdad, más bien un castillo señorial que un monasterio, si bien puede asegurarse que era, a la vez, ambas cosas». Y constituye uno de los principales monumentos de Sevilla, por su hermosa fábrica, por sus notables enterramientos, por su riqueza y por sus recuerdos históricos.



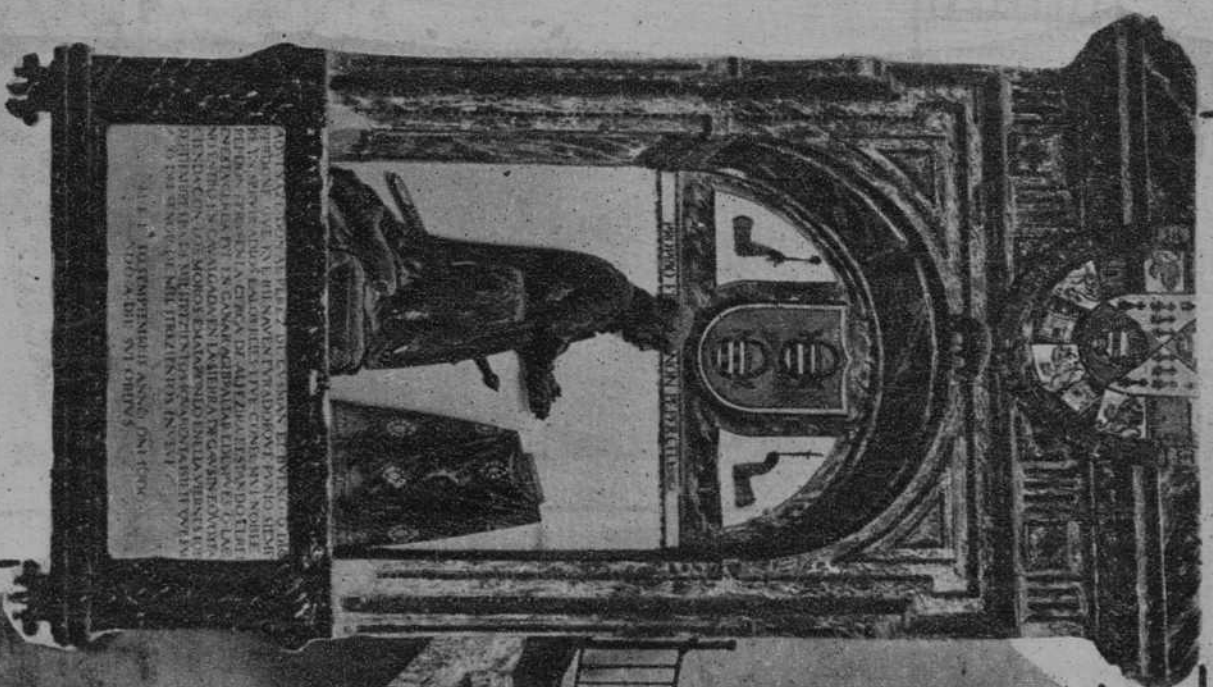
Una de las galerías del Patio de los Muertos



El bello patio mudéjar del siglo XIV.—(Fots. Sánchez del Pando)



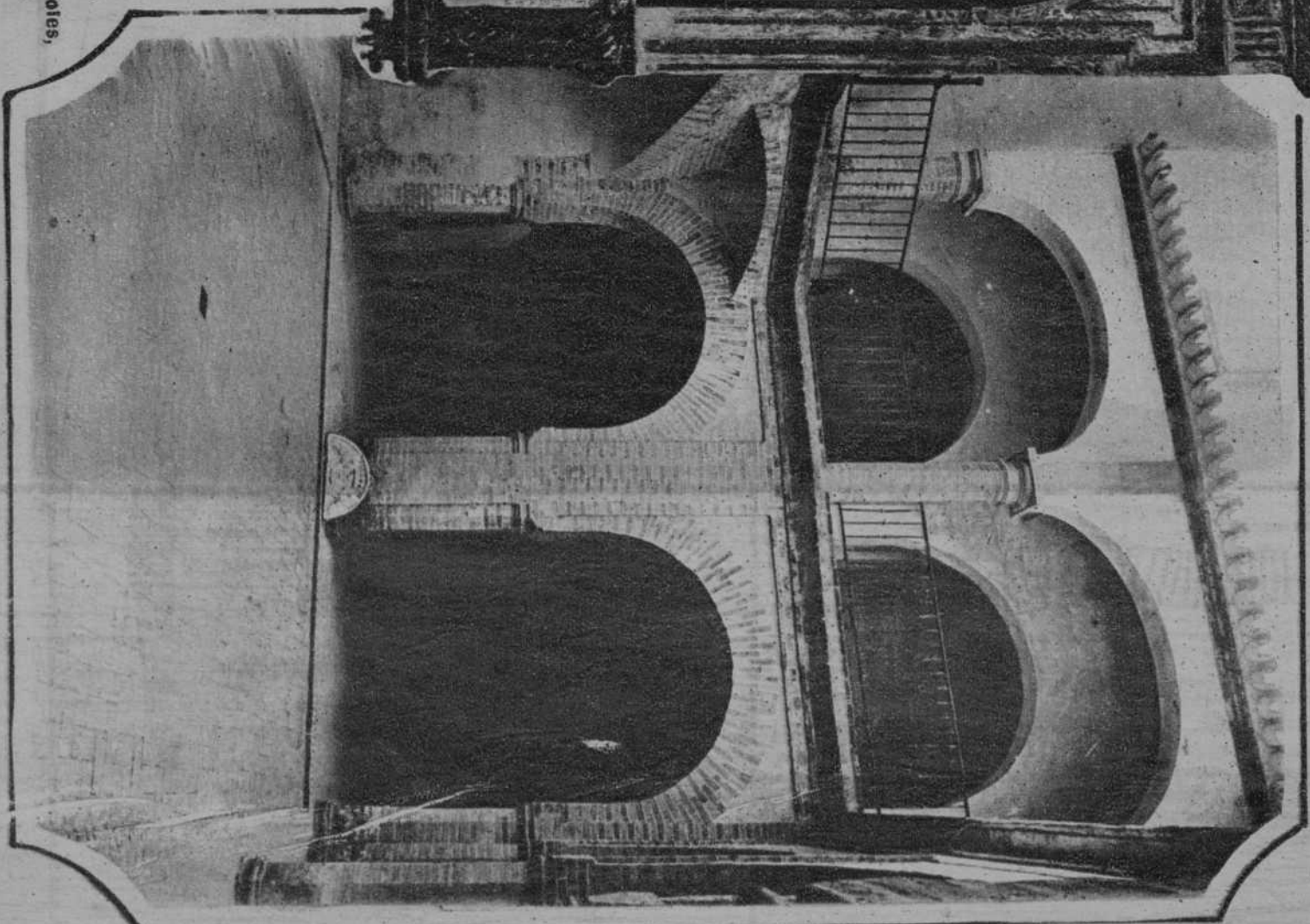
Las almenas y el campanario del monasterio



El sepulcro de Guzmán el Bueno, obra de Montañés

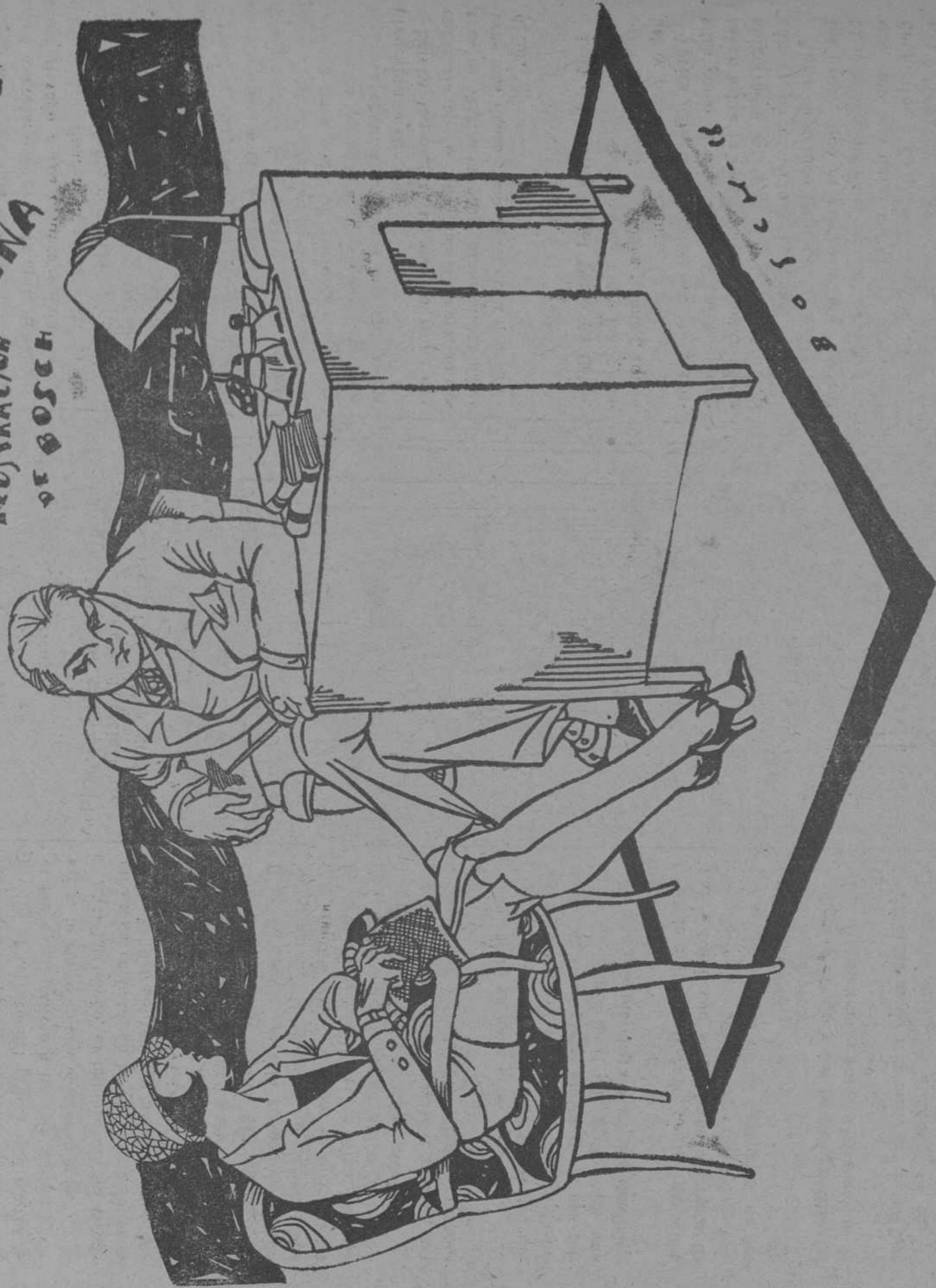


Ángulo del Patio de los Apóstoles, recientemente restaurado



EL NOVIO POR JOSEFINA

ILUSTRACION DE BOSCH



Lo buscaría. Misera y vulgar, descorrería ante los ojos enternecidos y claros de él su historia, como un lienzo manoseado y vergonzante. Le hablaría de los hijos, de su marido enfermo y fracasado, de su hogar en ruinas y de sus esfuerzos frustrados. ¡Oh, cómo la comprendería él! Cómo se ahondaría su boca compasiva y dulce en las pálidas mejillas.

Como a una hermana triste a quien se ha recobrado después de dolorosa ausencia, sobre su espíritu llagado, resbalarían palabras de aliento y de ternura.

Las cabezitas de sus hijos, apoyadas en sus manos fuertes y leales, adquirirían un vigor insospechado. La protección que les presta la noble encina a las lianas.

Y en el alma enmarañada y confusa de Alicia Vargas, el recuerdo de aquel novio de su juventud, soñador y espiritual que la amó rendidamente, fué un plateado calvario en el cual solía ella divagar al ritmo musical de unos versos de Samain y de Leconte de Lisle.

Comenzó a averiguar. Por fin, un pariente suyo, tras infructuosa búsqueda, consi-

su único refugio espiritual, en donde acudía dolorida y maltrecha en procura de reposo, como al dulce amparo de un umbroso retiro.

Frecuentemente, de este vagabundo sentimental retrospectivo, volvía más melancólica aún, es cierto, pero más consolada.

El estúpido de su marido enfermo y de sus dos chiquillines traviesos y exigentes, constituía un molde demasiado estrecho y duro como para cobijar cualquier expansión soñadora.

Luego la miseria sutil y porfiada primero, desenfrenada después, taponó todo resquicio liberador, y de un golpe certero y cruel le cortó las alas.

Fuó un rudo descenso.

Desde el fondo ruinoso y oscuro donde se debatía ahora su vida, el pasado consolador asomábase a su alma tan radiante y misterioso como la luz de una estrella distante una charca.

De pronto, en un deslumbramiento ir- auditivo, como en los versos y en las leyendas, ella quería asirse de esa estrella, osar alcanzarla, suplicarle ayuda y ascender con los suyos de esas penumbras angustiosas.

¿Cómo se le había ocurrido? Ni ella misma lo sabía. Lo cierto es que en medio de sus ideas desordenadas, de la maraña de pensamientos contradictorios y de angustiosos proyectos que si bien comenzaba a cimentar iban a desmoronarse contra el más hondo desaliento, la idea, la resolución surgió neta y resuelta. Fria.

Desde el brumoso fondo del recuerdo, la imagen y las virtudes del lejano novio de sus diez y ocho años, despolvada por la emoción, fué reavivándose en el espíritu de Alicia Vargas. ¿Se acordaría todavía de ella aquel muchacho espiritual de su juventud, de lacia melena y pupilas claras? ¿Hacia qué metas promisoras, por qué ignorados rumbos, sobre qué dulces cauces efectivos habría la suerte conducido a aquel novio sentimental que leía versos de Samain y de Leconte de Lisle?

Después de casada, sujeta por áspera amarra al matrimonio, librada a todos los roces desesperantes de la realidad terrena de los renunciamientos forzados, de los zarrandones de la lucha cotidiana y humillante, el recuerdo luminoso de aquel muchacho que la amó rendidamente, constituía

Inocencio abrió los ojos con asombro, porque Uacista era para él un hombre sobrenatural.

La cena terminó y Uacista llamó al mozo y pagó la cuenta.

Después dijo al jugador, estrechándole la mano:

—Ahora, amigo mío, vamos a separarnos. Si usted escribe a ese matachín, puede decirle que Alejandro Tavira continúa manteniendo todo lo que le ha dicho en su carta.

Y Uacista, sin esperar respuesta, saludó y salió de la fonda.

Inocencio quedóse preocupado un momento.

La gran tranquilidad de Uacista comenzaba a inquietarle.

—Si—se dijo por fin—; éste es un doble juego, del que debo aprovecharme.

Y alzando la voz, exclamó:

—¡Mozo! Saca recado de escribir.

El camarero sirvió lo que pedía el parroquiano.

Inocencio escribió lo que sigue:

“Querido Luis: He visto al prójimo de la carta. Es un estudiante que no ha tenido jamás un arma en la mano; pero, en cambio, parece un hombre de corazón y de energía.

“Como por ningún concepto he podido disuadirle de su idea, he creído conveniente darle las señas de tu nueva casa en París, para que se termine pronto este negocio.

“Vive prevenido, porque irá a buscarte a esa capital. ¡Pobre muchacho! Es un novio que camina al sacrificio. Siento no estar a tu lado, pero supongo no te faltará algún amigo que arregle el negocio con ventaja para ti.

“Te escribo en la fonda donde acabo de cenar con el susodicho Alejandro. Dios te dé suerte. Despacha pronto este negocio y ven cuanto antes.

“Emilio está fuera de peligro; la bala se desvió unas líneas. Esto ha sido una desgracia.

“Adiós, y manda como gustes a tu verdadero amigo—, Inocencio.”

Postdata.—Estoy muy mal de fondos, porque todos los días tiene pérdidas la banca. Si te sobran algunos miles de reales, te agradecería mucho que te acordaras de mí.”

Y después de guardarse esta carta, el jugador salió de la fonda.

Entretanto, Uacista se dirigió a casa de Roque.

Antes que llegue, penetremos nosotros en ella.

Serían las diez de la noche.

En el gabinete que ya conocemos estaban reunidos todos nuestros amigos: es decir, Emilio, casi restablecido, sentado en una butaca; Fanny, Consuelo, Librada, Juan Antonio, Ecequiel y el señor Blas.

Se discutía una cosa importante.

Emilio tenía la palabra.

—Yo creo que no debemos permanecer más tiempo en esta casa—dijo.

—Pues yo soy de opinión contraria—replicó Juan Antonio—; y diré más: prohibo a ustedes que salgan de ella mientras mi tío no disponga otra cosa.

—¡Pero si yo estoy completamente restablecido!

—¡Poco a poco, señor mío! Usted está en la convalecencia, y necesita aún algunos días para hallarse bueno del todo, fuera de peligro. Como médico y como

CAPITULO III

En donde Inocencio juega con cartas dobles

Uacista, preocupado con lo que acababa de acontecerle, habló poco durante los primeros platos.

Inocencio, por su parte, miraba a aquel joken con cierto respeto.

Era indudable que los dos querían decirse algo; pero su conversación no había entrado aún en el verdadero terreno.

Se habló del juego, de la suerte que había tenido, y de que debía probar fortuna al día siguiente.

—Yo no jugaré más en mi vida—dijo Uacista.

—No comprendo eso—respondió Inocencio—. Un hombre que da nueve golpes debe jugar; la suerte está de su parte.

—No lo ponga en duda; pero debo advertirle a usted que yo no soy jugador; necesitaba una suma para llevar a cabo un pensamiento que tengo en proyecto; la he ganado, y mucho más considerable de lo que creía. Estoy satisfecho y no deseo aumentar más mi fortuna. Soy poco ambicioso.

—Sólo he conocido un hombre—dijo Inocencio, que deseaba entrar de lleno en las instrucciones dadas por don Luis—que haya hecho lo que usted acaba de hacer esta noche, es decir, dar nueve golpes. Y usted le conoce también.

Uacista hizo un ademán, como diciendo:

—¿Quién es?

Inocencio continuó:

—Pues el sujeto de quien le estoy hablando a usted es don Luis.

—¡Ah, sí! El que se batió con mi ahijado.

—El mismo. Y a propósito del duelo: ¿cómo sigue el herido?

—Está completamente fuera de peligro.

—¿Ha muerto, por desgracia?

—No; al contrario, está bueno y sano. Ahora se halla en la convalecencia, porque la herida fué grave.

—Luis es un tirador diestro. ¡Desgraciado del que se le ponga delante con cualquier arma! Cuenta más de veinte desafíos y siempre ha salido vencedor. La suerte y la destreza están siempre de su lado. Yo no me batiría con él por nada del mundo.

Inocencio sabía que aquel joven o su compañero debía ser el autor de la carta que tanto había sobresaltado a don Luis, y pensó intimidarle refiriéndole las proezas de su amigo.

El joven estudiante escuchaba con una serenidad admirable.

—¡Error grave, amigo mío!—dijo Uacista apurando una copa de Burdeos y dirviendo otra a Inocencio—. Yo tengo la seguridad de que si me colocó delante de ese Bernardo del Carpio, de ese don Juan del siglo diez y nueve, le mato con la misma facilidad con que bebo ahora este sorbo de vino.

—Entonces, será usted un profesor en armas, una notabilidad.

—Nada de eso; nunca he cogido en mi mano más armas que el bisturí y el escalpelo; pero tengo confianza en matar a ese hombre.

gulo dar con las huellas de Eduardo Insua. Palpitante de emoción, Alicia estructuraba entre sus dedos el papelito que contenía las señas: «Compañía Cerealista Winthrop. Paseo de Colón, etc.»

Aferrada a la antigua imagen, Alicia no podía comprender qué hacía Eduardo Insua en una Compañía cerealista. ¿Qué actividad secreta, qué ignorada aptitud podían haber llevado a ese hombre soñador a la apacible rutina, a la odiosa tiranía de un medio ambiente comercial?

El era un dibujante fino, personal, de talento. ¿Entonces? No comprendía la razón de ese arte con la tarea desolada de coltizar granos y extender facturas...

Trató de despreocuparse. Mejor así. Ahora, vinculado a ese ambiente poderoso, podría prestarle la ayuda que tanto necesitaba. Desempeñar su ajado diploma de maestra para poder alimentar a los suyos. Todo se arreglaría. Una oleada de confiante optimismo barrió con sus viejas preocupaciones.

Estaba tan segura de que su mano encontraría apoyo, que, mentalmente, mientras se vestía, buscaba, afanosas, las palabras más llanas y elocuentes con que agradecer.

Bajo del tranvía en el Paseo de Colón. Un muchachito sucio pegósele a las faldas, ofreciéndole con testarudez infantil, turrones y pastillas de menta.

Varios edificios bancarios, gravas y hostiles como el alma que los anima, recordaban sobre la opuesta línea portuaria, de abigarrados muelles, sus vientres cuadrangulares de cemento y portland.

Alicia se detuvo temerosa. ¿Cómo serían las gentes que se afanaban allí dentro? ¿Qué hondas pasiones las agitarían? Pensó que bajo esas duras cortinas de armaduras de fierros y de paredes espesas, el corazón y las fibras de esos seres, ahogados por tanto peso, latirían cada vez más débiles hasta perder el ritmo y atrofiarse. El desahiento ensombreció el alma. Mejor sería no entrar. El misto a lo imprevisito, al derumbe de esa fantasía en la cual anegábase hacía tiempo, la sobrecogió.

El alma de Eduardo Insua, cobijada en esas molas, ¿se habría sofocado también? ¡No! ¡No! Todo el recuerdo lastimado protestó. ¡Eh, no!

Quando pisó el enorme felpudo que llenaba la entrada, desechó todo pensamiento. Solo la emoción, estrechándole más y más, hasta estrangularla, la impulsaba. Se acercó al galoneado portero.

—¿El señor Eduardo Insua? El hombre la miró groseramente de los pies a la cabeza.

—¿Cuanto piso. Y puso de inmediato, ante las gracias de Alicia Vargas, un lomo de paguidermo. Con dedo tembloroso oprimió ella el resacante botón del ascensor.

Ruidos de máquinas, frases sueltas, campanillazos, arrastrar de sillan. Cuarto piso. La recibió un pequeño «groom» con seriedad de ahuelo.

—¿El señor Eduardo Insua? El chico pestifero rápido, y también su mirada curiosa se pasó sobre el abrigo de Alicia Vargas.

—Un momento. ¿Su nombre? Ella le pasó una tarjeta algo amarillenta por el desuso.

El chico se perdió sobre la franja azul del linoleum. Al rato volvió sonriente.

—Pase. La guía a través de un estrecho pasillo, y abrió una puerta de caoba reluciente. El despacho era lujoso. Una gruesa alfombra colorada, cristales, muebles inverosímilmente brillantes, bronces. Todo el confort plutocrata del siglo.

Desde un sillón giratorio, una voz pastosa habló.

—Pase. Avanzó. Un hombre obeso, de lustrosas mejillas sonrosadas y cejas cejas, hacia girar su sillón, mientras con los dedos tamborileaba sobre el cristal de su mesa.

Alicia Vargas se detuvo anhelante. —¿Siéntese usted. ¿Como se encuentra? Se dejó resbalar como un fardo hasta el fondo de la silla. Bajo las cejas espesas,

dos pupilas claras la acechaban burlescamente. Con tono fatigado de hombre nutrido hasta el hartazgo, exclamó.

—Celebro que se acuerde todavía de mí, a pesar del tiempo transcurrido. Alicia, inmóvil sobre el filo de la silla, embrocada por el estupor, como si de pronto el retrato del prócer que adornaba el frente se pudiese a hacerle guiños y vi-sajes, lo contemplaba dolorosamente.

Algo fastidiado, el hombre dió un tironcito a su corbata, en la cual temblaqueaba un magnífico solitario, y pasó su mano enrojada sobre los pelos ralos. Luego sonrió forzadamente.

—¿Me encuentra usted algo cambiado? Bajo la sonrisa rápida, la imagen del Eduardo Insua que ella conoció y guardó celosamente, relampagueó un instante. Fué una alucinación. En seguida se caricaturizó con los trazos bastos de ese señor burgués que se balanceaba en su sillón giratorio.

—¿Usted se casó hace años, ¿verdad? Alicia humedeció sus labios resecos con la lengua. Con indecible esfuerzo, respondió:

—Sí, hace ya siete años. Pero... ¿era esa su voz? Quebrada, doliente, y tan misera, que una oleada de infanta lastima agolpó el llanto en sus pupilas. Se apladó de sí misma, como de una hermana que marchara a su lado desdichada y enferma.

El la miró, extrañado de esa emoción. Luego habló con satisfacción creciente de su vida de hombre de negocios, de sus éxitos como gerente de la Compañía, de sus planes futuros...

Alicia susurró: —¿Y el dibujo y los poemas predilectos? El ríó con fuerza entre varios golpes de tos:

—¡Tenteras de muchacho sin juicio que por suerte están ya distantes!— y con la mano abierta golpeó la tapa de un libro azul.— ¡Estos son los verdaderos poemas de hoy!

Alicia Vargas leyó: «El Genio en la Banca y en el Comercio». Pálida continuó hasta la respiración para no gritar.



vidémosle a cenar, puesto que he ganado cerca de tres mil duros, y lo sabré todo". ¿No es esto lo que usted ha pensado?

—Exactamente. Ahora sólo me falta saber si usted quiere o puede decirme el paradero del hombre que busco, de don Luis.

—Quiero y lo sé. —Entonces... —Pero tengo una condiciones que imponer.

—¿Cuál? —Yo vendo a mi amigo y a un amigo no se le vende de balde. Uacista sacó unos billetes de Banco y los puso sobre los maheles, diciendo:

—¿Es bastante eso para comprarle? Inocencio contó con calma los billetes.

—Cuatro mil reales—dijo. —Esa es la cantidad que antes he ofrecido.

—Estoy conforme. Inocencio extendió la mano para adopedarse de los billetes, pero Uacista le dijo:

—Un momento, amigo mío. Yo también impongo mis condiciones, puesto que nos hallamos en el terreno de la franqueza.

—Es muy justo. —Antes de entregar el dinero necesito saber... Inocencio extendió la mano para apoderarse de los billetes, pero Uacista le tenía el sello de Francia.

—Esta carta es de él—dijo. Uacista la examinó con detención.

Inocencio añadió: —Vendo esta carta por los cuatro mil reales; es lo único que puedo hacer. Uacista leyó la carta.

—Está bien—respondió—. Según me anuncia en esta carta, permanecerá todo el mes de mayo en la capital de Francia.

—Así lo asegura, al menos; aunque en él no debe confiarse mucho, porque es más inquieto que una ardilla; nunca para en ninguna parte.

—Me quedo con la carta. —Y yo con los cuatro mil reales.

—Trato es trato. —Como verá usted por su contenido—volvió a decir Inocencio—, me habla de usted.

Uacista se guardó la carta con indiferencia.

—Luis es hombre precavido—añadió el jugador—; no sea usted demasiado fácil con él.

Uacista se encogió de hombros y dijo: —Tengo la seguridad de matarle. Esta noche he ganado su vida; me pertenece, e iré por ella.

—Cuidado, joven; cuidado! Procure usted alguna ventaja en el duelo; de lo contrario...

—Bah! Podré morir; pero no le quede a usted duda de que le mataré.

Inocencio soltó una carcajada, diciendo:

—Pues yo le ruego que no haga la prueba de ponerse delante de él con una pistola en la mano.

—Puedo asegurarle a usted que si eso no sucede, será por culpa del maestro y nunca por la del aprendiz.

—¿Se batiría usted con don Luis? —Mañana mismo, si supiera su paradero.

—¿Le guarda usted tal vez algún rencor desde el día del duelo? —Es más antiguo mi odio—respondió Uacista sonriendo—; pero desgraciadamente no se halla en la corte.

—Cierto; no está en Madrid. —Daría cuatro mil reales por saber su paradero.

Inocencio irguió la cabeza, como la grulla cuando ve pararse otro pájaro cerca de su nido.

Uacista continuó: —Tengo confianza en que ha de volver a España; pero como su tardanza me impacientaba, le he escrito una carta muy atenta, que si es bien educado le obligará a venir a Madrid sólo por el placer de darme la contestación verbalmente.

—Joven—dijo después de saborear un vaso de vino Inocencio—, usted me es simpático, y voy a tomarme la libertad de darle un consejo.

Uacista se inclinó. —Si algún día tiene usted la desgracia de encontrarse frente a frente de Luis Sánchez—añadió el jugador—, pase usted por su lado sin saludarle, sin dirigirle la palabra, como si no lo conociese, porque hay hombres cuyo contacto es fatal.

—Yo agradezco a usted el interés que se toma por mi insignificante persona, pero me veo en el caso de no poder seguir sus consejos.

—¿Se ha batido usted muchas veces? —Nunca.

—¿Y está usted resuelto a batirse con Luis? —Nada del mundo me haría desistir.

—Entonces, no pierda usted tiempo; procúrese un maestro que le enseñe lo que no sabe, esperar la ocasión, y déjese insultar para tener la elección de armas; pues de lo contrario es usted tan muerto como el Cid Campeador.

La conversación se prolongaba, y como se ve, Inocencio llevaba la mejor parte. Uacista sabía que aquel hombre no tenía un cuarto, que era jugador, y que convenía abordarle sin rodeos.

—¿Quiere usted que hablemos con toda franqueza?—le preguntó. —¡Ya lo creo! Nada me gusta tanto como lo que usted me propone.

—Entonces, dejemos los rodeos a un lado; dejemos lo que puede acontecer, en lo porvenir, y entremós de lleno en materia.

—¿Que me place! Puede usted hablar claramente, sin rodeos, con la seguridad de que no han de ofenderme sus palabras.

—¿Ha adivinado usted el motivo de esta cena? —Sí. ¿Por qué negarlo? Usted me encontró por una casualidad en la banca, y me reconoció. "Este, se habrá usted dicho, puede saber el paradero del hombre que busco. Nada produce más verbosidad en los hombres que el buen vino. Con-

Advertencias a grandes y a chicos

Acostúmbrate a no pasar debajo de los andamios o escaleras en que se está trabajando. A veces se les cae a los obreros una herramienta o trozos de material que pueden lastimar a las personas que pasan debajo.

 Cuando vayas a la escuela o regreses de ella, cerciórate bien antes de cruzar la calle que no se acerca ningún vehículo de uno u otro lado. No cruces aunque creas que tienes tiempo de hacerlo delante de un vehículo que se aproxima, pues detrás de ese vehículo puede venir otro, que tú no ves, a mayor velocidad, el cual tratará de aventajarte al primero. Cruza la calle sólo en las esquinas y donde haya un urbanó o un refugio. No juegues en la calle. No corras tras la pelota que ha rodado a la calzada. No te sientes en el bordillo de la acera.

FRASES

"¡El que no te conozca, que te compre!".....

Cierto día iba un mercader árabe por el zoco, nombre que significa «mercado». Llevaba detrás a su asno atado por una cuerda que servía de cabestro.

Lo divisó un ladrón muy experimentado, que resolvió robarle el animal.

—¿Cómo te las va a arreglar?—preguntó un compañero.

—Sígueme y lo verás. Se acercó despacio al mercader y a sus espaldas quitó la cuerda al asno. Mientras el compañero se llevaba el cuadrúpedo, el ladrón se puso el cabestro al cuello y siguió dócilmente al árabe. Al volverse el hombre advirtió que llevaba atado a un semejante y quedó estupefacto.

—¿Quién eres?—le interrogó. Contestó el ladrón con voz llorosa: —¡Soy tu asno, amo mío! Pero mi historia es asombrosa! Has de saber que en mi juventud era yo un bribón y en castigo fui convertido en borrico. Entonces, amo mío, me compraste en el zoco de los burros, me hiciste trabajar, me pegaste cuando estaba cansado. Sin duda, he purgado mis culpas, pues repentinamente he recobrado la forma humana.

Al oír tales palabras exclamó el mercader: —¡Oh, semejante mío, perdóname y olvídame los malos tratos que te hice sufrir sin darme cuenta!

Y se apresuró a quitar el ronzal al hombre.

Algunos días después fue al mercado y vio a su borrico anterior puesto en venta.

—Sin duda ese bribón ha vuelto a cometer otro delito—se dijo.

El asno se puso a rebuznar al reconocerle. Pero el árabe se aproximó a su oreja y le gritó:

—¡No seré yo quien vuelva a comprarte para quedarme sin asno cuando tengas cumplido tu castigo! El que no te conozca que te compre.

CREACION DE NUEVAS SECCIONES EN NUESTRAS PAGINAS EXTRAORDINARIAS DE LOS DOMINGOS

A partir del domingo próximo, incorporaremos nuevas secciones a las habituales de estas Páginas Extraordinarias, tales como un **ALBUM POÉTICO, PASATIEMPOS, EPISODIOS HISTÓRICOS, GRANDES INVENIOS, etc., etc.**

Nos proponemos que durante el próximo año de 1929, este suplemento continúe siendo, como ahora,

UNA GRAN REVISTA, DENTRO DE UN GRAN PERIODICO



Lo que no está demás saber

CARRERAS DE AVESTRUOS

Se supone muy torpe al avestruz y se comete una grave injusticia con él, puesto que se trata de un animal muy útil y muy servicial, merecedor de tanto respeto como el caballo y el perro.

Desde luego, puede sustituir con ventaja al caballo, lo mismo para cabalgar que para tirar de un vehículo cualquiera. Sobre el caballo, tiene la ventaja de su enorme velocidad, puesto que puede ir a más de sesenta kilómetros por hora, cifra respetable que compara al avestruz con un expreso español.

Unido a un coche ligero, hace seis o setecientos metros por minuto, sin esfuerzo.

zo y sin fatiga, con un trote regular. Precisamente estas virtudes del «caballo del desierto» como se le suele llamar con vieja, pero elocuente, metáfora, han hecho pensar últimamente en América en organizar carreras de avestruces en pista.

En los Estados Unidos se les educa especialmente para carreras y son montados por muchachos a los que también se adiestra en la conducción y guía del avestruz. Todo esto nos dice que el avestruz no es un animal torpe, como hace suponer el hecho de que su nombre sea utilizado para a los cortos de alcances.

¿Corto de alcances, un animal que corre a sesenta por hora, en competencia con los automóviles?

Conveníamos en que es una injusticia la suposición malévola.

El teatro Principal o de Santa Cruz

El 3 de abril de 1579, el excelentísimo señor don Fernando de Toledo, prior de Castilla y lugarteniente del Principado de Cataluña y el Rey Felipe II en 25 de julio de 1587, concedieron a los administradores que entonces había, y a los que les sucediesen, que al venir a Barcelona cualquier Compañía de cómicos, no pudiesen representar en parajes públicos sino en el punto que les indicasen los señores administradores.

En 1597 constituyeron un teatro y principiaron a usar del privilegio que les fué disputado y confirmado por el Consejo de Castilla en 25 de enero de 1771.

Antes en 1708, con motivo del casamiento del archiduque Carlos, vino a Barcelona el famoso Galli Bibiena a dirigir las fiestas y a montar en el salón de la casa Lonja, un suntuoso escenario, en el cual se dieron espléndidas funciones de ópera, colaborando quizás en los trabajos artísticos el insigne Viñomata.

Esto influyó mucho en la suntuosidad que se desplegó en las representaciones escénicas. Hacia el año 1750, cabe el honor al teatro del Hospital el haberse cantado ópera italiana por primera vez en la escena española, formando el repertorio las tituladas «El desator francés», «La princesa fingida», «Las dos condesas», «El matrimonio por engaño», «El amor constante» y siendo componentes de la Compañía Ma-

carcelaba un adómen rebeldé, la cadena de platino oscilaba gravemente.

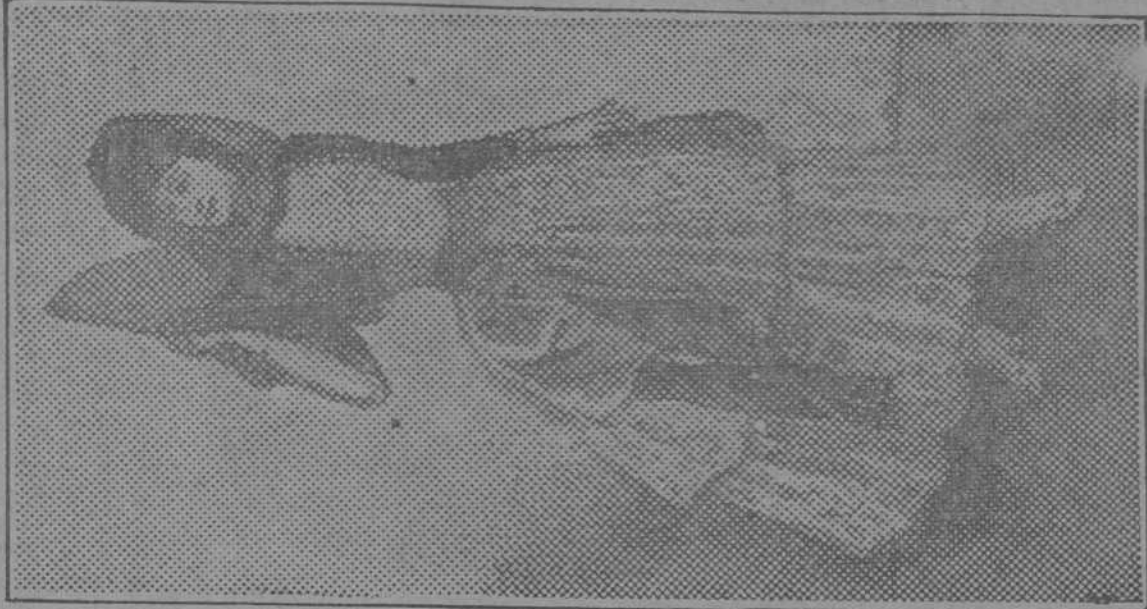
Alicia, hueca, y con sonrisa helada, le alargó las cinco puntas de sus dedos tímidos.

El, con gesto seco, que quería ser cortés, abrió la puerta del despacho.

—Servidor de usted, señora. Y apenas ella hubo caminado dos pasos por el pasillo, se hundió violentamente en su sillón de cómodo burgués.

El viaje de retorno fué hecho a través de una bruma densa que le nublaba el cerebro, impidiéndole toda acción.

Pero cuando abrió la puerta de su casa, cuando su vista rozó las cosas familiares y trilladas, cuando contempló a los chicos jugando en el patio y a su marido leyendo en la cama, en una palabra, cuando se restituyó al moide estrecho de la tortura diaria, sólo entonces comprendió el rudo dolor, el duelo enorme que había desgañado su vida. Comprendió que en el otro extremo de la ciudad, desde hacía pocas horas, quedaba ella para siempre muerta y enlodada y que lo que regresaba al hogar misero era su pobre envoltura despreciable.



LA PATTI EN «EL BARBERO DE SEVILLA»



SARAH BERNHARDT, EN EL II ACTO DE «LA TOSCA»

rana Tomba, su hermana Teresa, Rosa Teresa, Jaime Panatti, Angel Baldi, Gaspar Angelini Cochi y otros.

En 19 de septiembre de 1725, había ordenado el rey Felipe V «que en invierno, empezase la comedia a las dos y media de la tarde y en esto a las cuatro. Que no se permitieran hombres y mujeres juntos en los aposentos aunque fueran propósitos».

De la semilla sembrada por Bibiena, salieron los hermanos Tramullas, pues Francisco consta como pintor en el libro impreso de la ópera «Siroe, Rey de Persia» cantada en 1751 en Barcelona y en los libretos de las óperas «Andrómaca» y «Lucio Papirio» se lee también que Manuel había pintado sus decoraciones.

El teatro construido por el Hospital, es destruido por un horroroso incendio y en 1787 la citada Junta hizo construir el de la Rambla, invirtiendo en él 1.000.000 de reales y el 4 de noviembre, día del monarca reinante entonces, se dió la primera función con gran solemnidad.

En 1806 los famosos escenógrafos italianos José Luicini y Cesare Carnavali, introductores de la evolución neoromana en Barcelona, remozaron el teatro de Santa Cruz, pintando el telón de boca y muchas decoraciones, obteniendo grande éxito.

Después de la guerra de la Independencia, patrocinada por el capitán general duque de Bailén, se constituyó una sociedad de accionistas, para mantener el prestigio artístico del coliseo de Santa Cruz.

Bajo la dirección del maestro Pietro Generali, se inauguró una brillante temporada en 20 de agosto de 1815, poniendo en escena «L'italiana in Algeri».

Hacia los años del 20 al 25, actúa en el viejo coliseo, el popular actor José Robredo. Por allá el año 1842, aparece en la escena barcelonesa, Verdi, con su ópera «Otello», y poco después con «Nabucco», «Hernani», «Lombardi» y «Duc Foscari».

Estas óperas estaban realizadas por la interpretación espléndida que obtuvieron de artistas tan notables como la Cortesi, la Albini y la célebre Brambilla en calidad de soprano y los tenores Monelli, Jachinaridi, Verger y Remorini.

Además de Generali, como directores, figuraban nuestro paisano Ramón Carnicer, el italiano Brogiardi y Mateo Ferrer, contrapuntista, más tarde maestro de capilla de nuestra Catedral Basílica.

Del maestro Carnicer, se estremanon las óperas «Adela di Lusignano», en 1819 y «Don Giovanni Tenorio» en 1822 que siendo del gusto de la época, tuvieron mucha aceptación.

cido en la temprana edad de 21 años, que fué el acontecimiento de la temporada.

En septiembre de 1841, representó la «Leonice» del maestro barcelonés Baltasar Saldoni, estrenada con éxito, el año anterior, en Madrid.

Hacia el año 1840, actúa en el Principal una Compañía de ópera y baile, en las que luce sus habilidades de escenógrafo el francés Penne, introductor de la escuela romana, que con sus novedades, arrolla la escuela neoromana de los continuadores de José Luicini y Cesare Caraveli, cuyos discípulos más caracterizados eran: Buenaventura Planella, Francisco Luicini (hermano de José) y Pablo Rigalt.

Penne decora de nuevo la sala, aumenta el alumbrado por medio de quinqués de aceite, y aquella claridad nunca vista, y la brillantez con que pinta las decoraciones, contrastan con la monotonía y tristeza de la escuela de Luicini. Sucedieron a Penne, los escenógrafos catalanes José Planella, hijo de Buenaventura y Sert y Manlito, asociados que no lograron igualarle.

Durante este tiempo, ayudan mucho a educar el gusto del público las acertadas críticas de Piferrer, quien dedica acertadas juicios a la citada obra de Cuyás, a los «Puritani», de Bellini (diciembre 1841); «Oberro», «Conte di S. Bonifacio», de Verdi (febrero 1842); «El nuevo Moisés», de Rossini (agosto 1842); «Conrado di Altamura», de Ricci (mayo 1843); «La Marechiala de Anere», de Nini (agosto 1843); «El Due Figaro», de Spersanza (febrero 1844); «Nabucodonosor», de Verdi (mayo 1844); «El Reggente», de Mercadante (julio 1844); «Ernesto Duca de Scilar», de José Piquer (noviembre 1844).

En 1846, se derribó el antiguo frontis del teatro, para hacer otro más grande, bajo la dirección del arquitecto señor Molino, quien decoró la fachada con los bustos de Calderón, Lope de Vega, García y Requena y medallones con los retratos de Malquez Prieto, la Malibran y el bolero García. En la parte superior, colocó un magnífico reloj iluminado durante la noche, restando el edificio con el secudo del Hospital de Santa Cruz. La cabida de dicho teatro de más de 2.000 personas, le hacían uno de los más importantes de entonces.

Al inaugurarse el Liceo, recibió el Principal mortal herida; con todo, se defendió con heroísmo y en 10 de noviembre de 1855, tiene lugar el gran éxito con la «Traviata», cantada por Landi y la Peruzzi, y en la que luce su talento el escenógrafo Juan Ballester y Ayguas, con su decoración de un magnífico salón de baile. No fué este su solo triunfo, sino que cuando vino a Barcelona la Compañía de zarzuela de Luis Olona, en 1860, con un vasto repertorio, Ballester obtuvo en el Principal gran éxito con sus decoraciones de los «Madrigales» y el «Caudillo de Baza».

En 1871, es visitado el Principal por don José Valero que empieza a actuar con gran éxito en «El drama nuevo». En el teatro Principal tiene lugar la primera representación wagneriana, con el estreno de «Lohengrin», en la noche del 17

de mayo de 1882, bajo la dirección del maestro Goula.

En 16 de abril de 1876, tiene lugar el magno acontecimiento de la primera representación de «Aida».

Por aquel tiempo, también había funcionado una excelente Compañía de la que formaban parte, Carolina Cepeda, el tenor Etregno y el bajo Uetani, que interpretaron a maravilla «Roberto el Diabolo», «Los Hugonotes», «Los Puritanos» y otras obras. Estrénase en 1881, la ópera en un acto del maestro Juan Goula, «A la voreta del mar». A principios de 1886, es cuando la Ade-



VICENTE CUYAS

Hina Patiti tiene sus grandes triunfos, a pesar del elevado precio de las localidades.

Interpreta magistralmente la «Traviata» y el «Barbero», cantando en la lección de música de esta última ópera, el vals de «Dinorah» y «El Basclo de Arditi» que arrebataron al público.

En 1888 y en 1895 actúa en nuestro teatro la célebre actriz Sara Bernhardt. Hacia la primavera del 1898, la Compañía que había de actuar en el Liceo, se trasladó al Principal y en 2 de abril, tiene lugar el gran éxito de «Mefistofeles», actuando el célebre tenor Angelo Masini.

En diciembre de 1913, actúa en una Compañía dirigida por el maestro Camilleri, la eminente diva María Barrientos. Su obra escogida, fué «La sonambula», de Bellini, siguiendo a esta obra «El Barbero», «Traviata» y «Lucias».

Nada más podemos decir del antiguo Liceo. Un incendio ocurrido en la madrugada del 3 de noviembre de 1915, lo redujo a cenizas.

JOVUIN BAS GICH

El ermitaño y el lobo

(FABULA)

Tenía junto a su choza, un ermitaño, para dar agua al sediento, una jarra de barro que llenaba cada día, en el río, por su mano.

Y bebía de ella, toda la gente del socampano que subía hasta la cumbre; viajeros que iban de paso; los pastores... La sobriante depositada en un cazo sin asas, quedaba cerca, porque bebieran los pájaros, y los perros trashumantes, y aun otras bestias del campo.

Ocurrió un día que un lobo, sediento, descubrió el jarro y metió en él el hocico por beber con más regalo, pero quedó prisionero hasta que de un cabezazo, hizo saltos la vasija.

El ermitaño, otra jarra de un alfarero cercano procuró; pero el lobo, solo por pasar el rato, volvió a meter la cabeza rompiendo el humilde vaso.

Nueva jarra y su prometa repitió el lobo tairnado, y otra jarra, y otra jarra, y siempre el mismo bromazo.

Cansados ya los del pueblo de la rotura de jarros, de madera hicieron uno y de barro lo mancharon, quedando, empero, al saecho por castigar al malvado.

Gozoso llegóse el lobo, vió la jarra, y sin reparo, metió dentro la cabeza, bebíó, y luego, muy ufano dando con el jarro en tierra, pretendió hacerse pedazos.

Vano empeñó! El jarro duro le tenía aprisionado sin soltarle... Llegó el pueblo a donde estaba el catirado a donde estaba la morada, y lo dejó muerto a palos.

Cuidad de evitar las burlas que, más tarde o más temprano, con castigos violentos se las cobran los burlados.

CLAUVIS EMINENCI

HISTORIA NATURAL

EL AVE DEL PARAISO

Los paradisíacos o aves del Paraiso podrían ser definidos como cuervos de bello plumaje, pues tanto en su estructura como en las costumbres se parecen mucho a nuestras urruacas y venejos, diferenciándose tan sólo, en que sus narices están subterráneas de plumitas aterciopeladas, y en que su cuerpo, y más especialmente la cabeza y los flancos, halláanse provistos de plumas llamadas por su longitud, su forma y sus colores, de las que la moda femenina hace un abuso en costosos adornos de sombreros.

Las aves del Paraiso sólo se encuentran en Nueva Guinea, y las islas vecinas, y aunque en el siglo XV, por referencias de viajeros musulmanes, se tenían de su existencia vagas noticias, los primeros europeos que las vieron fueron los españoles, Elcano y sus compañeros en su famoso viaje alrededor del mundo.

Según refiere el italiano Pigafetta, cronista de la expedición, el rey Batthian, regaló al ilustrre navegante, dos aves hermosas, bellísimas, del tamaño de los torcidos, la cabeza pequeña, largo el pico, y las patas finas como plumas de escribir y de un palmo de largura, no tienen alas y, en su lugar, largas plumas de diversos colores a manera de penacho; la cola se parece al torcido; las demás plumas, excepto las de las alas, son de color obscuro. Sólo vuelan cuando sopla el viento. Nos dijo—que estos pájaros vienen del Paraiso Terrenal y se llaman «bolondinalas», esto es, «Píjaros de Dios».

Si absurda resulta esta descripción, más lo son todavía los relatos que hacían algunos viajeros que después vieron aves de esta clase. Decían, por ejemplo, que no tenían pies ni alas, que vivían siempre en el aire mirando constantemente al sol y no bajando a la tierra hasta que morían, y que si comían una nuez moscada caían al suelo desvanecidas, y allí las miraban las hormigas.

Tan maravillosos relatos, hicieron que los portugueses llamasen a estas originales y preciosas aves «gansos do sol», y todavía es «Paradisa» apodada el nombre científico del ave del Paraiso propiamente dicha, que vive en las islas Ariz, en cuyos poblados bosques se oye casi incesantemente su voz, una especie de «out» «out» fuerte y agudo.

Lo más notable de esta ave, aparte de los vivos colores de su plumaje, son los dos enormes manojos de plumas doradas, largas hasta medio metro que salen de debajo de las alas y que forman un soberbio penacho que puede levantar o extender a voluntad.

Tan brillantes adornos son privilegio exclusivo de los machos, que por cierto se muestran muy orgullosos de ellos. En el mes de mayo, que es cuando están en toda la gloria, se reúnen cierto número de ellos en las ramas de un árbol que tenga pocas hojas y celebran una especie de curiosa danza, aleteando, estirando el cuello y levantando mucho los penachos dorados, formando grandes abanicos, cuyas plumas vibran con un temblor extraño.

Distracciones para niños

LAS UVITAS ESTAN VERDES

Puede jugarse con una combinación semejante al popular juego de las cuatro esquinas y para jugarlo conviene disponer de un buen racimo de uvas y de cinco niños o niñas.

Cuatro se sitúan en cuatro esquinas, y una, que desempeña el papel de zorra, queda en el centro del cuadro. La zorra va de esquina en esquina mostrando la boquita abierta. En cada esquina hay un niño con unas uvitas que le muestra, sin darselas y diciéndole:

«Las uvitas están verdes»

Al mismo tiempo, los niños de las cuatro esquinas, han de ir cambiando de lugar y si son alcanzados por la zorra, han de cederle una uva y desempeñar entonces el papel de zorra, entregando su partida de uvas a su aprehensor o aprehensora, y sigue el juego, que no es más que una variante de las cuatro esquinas.

EL GALLO Y EL ZORRO

FABULAS SIN MORALEJA

Cierta vez que un gallo silvestre picoteaba uvas se le acercó un zorro y le dijo: —¡Picotealas con los ojos cerrados. Verrás que son más ricas.

El gallo cerró los ojos. El zorro saltó sobre él, lo aterrorizó con los dientes y echó a correr con la presa en la boca.

Después de mucho andar llegaron a un bosque de castaños. El gallo dijo al zorro: —¿Por qué no dices qué lindas castañas? —¡Qué lindas castañas!

Y el zorro dijo fuerte: —¡Qué lindas castañas!

Al decirlo abrió tamaño boca y el gallo silvestre cayó al suelo; pero aprovechó este instante para alzar el vuelo.

—¡Maldito gallo, que me hiciste hablar sin necesidad!—exclamó el zorro. Y el gallo replicó: —¿Y tú, no querías hacerme dormir sin sueño?

El pozo de agua de coco

(Narración india)

Erase que se era una vez una caravana de locos, que, habiendo podido escapar del manicomio donde estaban encerrados, consiguieron ponerse en camino, ayunos de toda suerte de vigilancia.

Corre que te corre a pleno sol y por senderos resacaos, llegaron a tener sed, por lo cual detuvieron ante la primera cascaba que a su paso descubrieron sus ojos deslumbrados por aquel derecho de luz que no llegaba a los humildes apocientos, que acababan de abandonar tan a la ligera.

Vivía en la cascaba una buena mujer, que les recibió amablemente. —¡Tenemos sed—dijeron los locos—. ¿No tenéis pozo alguno por ahí cerca? —No he de tenerlo? Detrás de la casa está, y de agua fresca y sabrosa. Aguardad un instante.

La buena mujer dió la vuelta a la cascaba y presentóse al poco rato con una jarra de «toddy» azucarado. Vosotros, pequeños lectores, no sabéis qué es el «toddy» y yo quiero que lo sepáis. El «toddy» azucarado no es otra cosa que el jugo que se extrae de la flor del cocotero, utilizado para hacer con él azucar y melaza, pero que cuando fermenta, se convierte en una peligrosa bebida alcohólica que los indios llaman «araxa» y que los ingleses han propagado más de lo prudente en sus antiguas posesiones.

Así, pues, lo que la mujer ofreció a los locos, fué una bebida riquísima, que los bebedores paladearon, relamiéndose de gusto.

Pero como eran locos, creyeron que realmente aquello era agua de pozo y más cansado la mujer, a preguntas de ellos, por bromear, les dijo: —Es un pozo que da agua de coco.

Tentados los locos por el maravilloso hallazgo, resolvieron volver secretamente a la cascaba, al caer la noche.

Cumplieron su propósito, porque los locos son tenaces, y a media noche, presentaronse silenciosamente en el lugar del pozo y comenzaron a cavar a su alrededor una trinchera muy honda, con la absurda pretensión de robar el pozo entero, cargándose a cuestas entre todos.

Pero como el trabajo era penoso y el ruido que hacían era extraordinario, oyóla la mujer, dueña del pozo, pidió el auxilio de los vecinos y entre todos, consiguieron augentar a los locos, que siguieron camino adelante con la obsesión de encontrar un pozo de agua de coco; pretensión que había de destruirse de risa a cuantos cuerdos la oían y que les valió a los locos ser reconocidos y devueltos a su natural mansión.

Aunque nunca olvidaron en su encierro que, cierta vez, bebieron agua de coco que salta de un pozo como los demás.



L. S. N.